# Gritos en Silencio

Carlos Manuel Blanco

# Capítulo 1

**Prólogo**

**12 de Febrero de 2016. Caracas**

**Estación Los Símbolos, Parroquia San Pedro. 1:30 A.M**

La estación está vacía. El único vigilante se encuentra en la puerta cuidando a ver si entra alguien más, pero ella ya se encontraba dentro. Camina por el lugar, con ambas manos sobre el vientre, ambas están empapadas de sangre, su propia sangre. Cada tanto lanza una mirada aterrada a sus espaldas, como si temiera que alguien la sigue. No hay nadie detrás de ella. Aun así no se siente tranquila, no puede teniendo esa clase de herida en el vientre.

Camina con esfuerzo y pasa por la taquilla, la misma está vacía, la que atiende se encuentra en el baño. La chica pasa por el control, uno de los puntos estaba estropeado y no funcionaba, ella lo empuja y pasa por ahí dejando las marcas de sus manos ensangrentadas. Avanza agónicamente alejándose de la taquilla.

Ella solloza y suelta gemidos ahogados mientras avanza a trompicones hasta la escalera mecánica. Se detiene al inicio, dejando que ésta funcione. Tiene un momento para dejar de caminar, para tratar de pensar, quiere saber qué se supone que debe hacer en este preciso instante mientras permanece apenas de pie, mientras el aparato la hace bajar.

Pero no puede pensar en nada, por más que lo intenta no lo consigue. Tiene frío, mucho frío, debajo de su suéter con capucha no logra encontrar alguna especie de calor. Ya los dedos se le comenzaban a dormir, sabía que estaba sangrando mucho. La vista se le comenzaba a nublar. Iba a morir, sabía que iba a morir al menos que hiciera algo, tenía que pedir ayuda, buscar ayuda cuanto antes. Pero antes que eso tenía que huir, escapar lo más lejos que pudiera, no podía dejar que la encontrase…

La escalera mecánica llega hasta el final, ella casi no se da cuenta y apenas puede dar un paso adelante para que no se la trague. El paso la hace trastabillar, tenerse en pie cada vez le resulta más y más difícil. Tiene que seguir, continúa caminando con las zancadas irregulares del moribundo. El tren llega a la estación, las puertas se abren, con un último esfuerzo ella entra de una zancada.

Intenta sujetarse al guardamano, luego al tubo cromado que se usaba como apoyo. Sus manos frías apenas le responden y está temblando. No puede sostenerse. Se cae. Deja unas marcas en forma de cascada de color oscuro en el soporte metálico. Intenta incorporarse de nuevo, logra

sentarse, pero sus piernas ya no se ven capaces de sostenerla. Apenas consigue apoyar la espalda en la pared del fondo. Voy a morir, piensa en ese momento, voy a morir sola al igual que como he vivido.

Ella levanta la vista. La puerta por la que acaba de entrar se cierra. Sus ojos se humedecen en lágrimas mientras apoya la cabeza en la pared. Sus dos manos se sostienen el vientre. Ella tiene miedo, llora porque tiene miedo. Ella lo sabía y le aterraba eso. Ella iba a morir…

El vigilante se estruja los ojos con impaciencia, mientras suelta un gran suspiro. Sabe que había tenido ya dos noches en blanco seguidas y eso lo molesta bastante. Claro que tenía que quedarse y tenía que estar tranquilo hasta que llegara la hora de cierre del metro al público. Eso no era ningún problema, llevaba sus buenos tres años haciendo lo mismo. Pero el hecho de que incluso después de llegar a casa y pasarse toda la santa noche dando vueltas en la cama sin atisbar el sueño era una completa ladilla.

Igualmente ya tiene ganas de terminar su turno temprano, nadie más va a usar el metro a estas horas de la noche, la única había sido una muchacha que había pasado por su lado, con aspecto desaliñado y tembloroso. Apenas le había prestado atención, en ese momento estaba reprimiendo un bostezo y no estaba todo lo atento que se pudo esperar. Aunque al verla sólo pensó que quizás era una indigente, una drogadicta o una loca.

Consulta la hora en su reloj de pulsera. Si, era hora de cerrar la entrada al metro. El vigilante mira a ambos lados de la calle por si viene alguien por ahí. Nadie. Camina unos pasos fuera de la entrada y gira sobre sus talones para extender los brazos sobre su cabeza. Arriba esta la asadera de la puerta de zinc, la cual al bajarla indicaría que el Metro no seguiría operando por hoy. Pero en ese momento las ve en el suelo.

Sangre.

Pequeñas gotas de sangre que avanzan por el corredor, todavía iluminado por las luces blancas de los ¨bombillos ahorradores¨. Él olvida la plancha de zinc y camina hasta el pequeño sendero. Las pequeñas gotas indican un camino y él comienza a seguirlo hasta que este llegó a la taquilla. Hay marcas ensangrentadas y difusas de color oscuro sobre la caja de cromo. En ese momento se convence definitivamente que es sangre.

Pasa por encima de la taquilla y encuentra el rastro. El mismo lo conduce a las escaleras mecánicas, las cuáles por algún motivo siguen encendidas.

Él se alarma y baja corriendo las escaleras. Su cabeza comienza a recordar a la chica que había pasado a su lado y a la que no había prestado atención.

Ella no estaba ni loca, ni drogada, ni de mendiga. Estaba herida, y él no se había dado cuenta en el momento.

Se hace consciente del ruido del tren debajo de sus pies que estaba avanzando por la parada, el mismo se está alejando. Apura el paso. No tenía manera de saber qué había sido de la chica, no hasta bajar.

Llega hasta el piso de abajo, reencontrando el sendero de gotitas de sangre en el suelo. Este llega únicamente al lugar donde terminaba el andén. El tren no se ve allí, lo escucha ahora alejándose. Él se acerca corriendo y mira por encima de la línea amarilla. No hay nadie en las vías, tirado encima, descarta una de sus dos opciones. El rastro termina en la parte del andén donde se abren las puertas. Lo primero que se le ocurría era que se pudo caer del andén.

Ella se había esfumado en el metro, no la iba a e encontrar ahí.

# Capítulo 2

**Capítulo 1**

**11 de Febrero de 2016. Caracas**

**Ruperto Lugo, Parroquia Sucre. 5:30 a. m.**

Víctor Bautista nunca tenía manera de saber cuándo llegaba el día, salvo por la alarma del teléfono que le indicaba que así era. Éste reposaba en una mesa de noche, a apenas centímetros de su cabeza, la cual se encontraba apoyada en un rincón casi inexistente de la almohada y cerca del borde del colchón. En aquella habitación en la que no había ventana alguna siempre daba la impresión de ser de noche. Víctor apagó la alarma del teléfono y se incorporó a medias en la cama, apartando las hebras negras de su cara para estrujarse los ojos. Revisó su teléfono a ver si tenía mensajes, tenía dos.

Uno era de Diana, aquella bella muchacha de la facultad a la que le había pedido (haciendo acopio de valor) su número de teléfono tras invitarla a salir. El mensaje le avisaba de que el fin de semana ella lo tenía libre y en el que le ponía la dirección de un sitio en Sabana Grande bueno para comer, un ¨te veré allí¨ acompañado de un punto y coma con un cierre de paréntesis lo finalizaba. Víctor ya sabía a lo que iba y no pudo evitar sonreír.

El otro era del doctor Barreto, el hombre que supervisaba su pasantía en el Hospital Universitario. Le avisaba, de forma muy escueta, que tendrían turno esa misma noche y que era necesario que estuviese puntual. Era tan natural para el doctor Barreto ser seco como para cualquier ser humano era respirar. Todos estaban de acuerdo que aquel hombre que vigilaba las pasantías era un piña incorregible. Pero así de hosco como era tampoco se ponía en duda su calidad como médico.

Víctor se levantó y encendió la lámpara. Andaba en calzoncillos, ya que así era como se iba todas las noches a la cama. Fue hasta el armario y se vistió con una camisa azul sobre la que se puso un suéter color beige, el cual llevaría abierto, ya que sabía que el fresco de la mañana se esfumaría con la llegada del mediodía. Unos bluyines (jeans) azules y un par de zapatillas deportivas de color negro, con una raya blanca cruzando el empeine, fue lo que usó para cubrirse la parte baja de su cuerpo. Tras esto salió de la habitación hasta el pasillo del apartamento, el cual todavía estaba a oscuras, ya que el amanecer no había irrumpido en él todavía.

Su apartamento se ubicaba en la quinta planta de un bloque de apartamentos ubicado en el barrio Ruperto Lugo, en la Parroquia Sucre. El lugar era una serie de pasillos constreñidos que daban, tras un breve

paseo, a su habitación, el baño, la cocina y una sala de recepción de tres metros de alto con cinco de largo. El espacio era mínimo, pero para Víctor representaba un lugar tan bueno como cualquiera para vivir.

Inició, tan pronto salir, la típica rutina que acostumbraba al despertar. Se dirigió al cuarto de baño y se remojó la cara con agua del grifo. Consideró afeitarse la barba incipiente que ensuciaba de negro su cara, más desistió al ver que la Gillette falsa que le quedaba ya no servía. Salió del baño y se encaminó hasta la cocina. Encendió la estufa y se frotó las manos para agarrar algo de calor, a esas horas la brisa del Ávila que bajaba hacia el valle de Caracas comenzaba a sentirse muy bien.

Fue a recoger algo de agua y la puso a calentar para así colar el café. Fue rápidamente a la nevera y echó mano a una bolsa de papel que abrió para comprobar el contenido. Sacó una parte del contenido, una dorada arepa pelada que aún era comible si la ponía a calentar. Metió la bolsa de nuevo en la nevera y la cerró, puso la arepa en un plato de porcelana y se dirigió al horno microondas (de los pocos aparatos tecnológicos que poseía en su apartamento), metió el plato allí, cerró la tapa y puso en marcha el temporizador.

La composición de la cocina era muy austera, aparte del microondas y la nevera, todo lo que había tenía pinta de llevar sus años de existencia, que de hecho los tenían, la mayoría del mobiliario del lugar estaba allí cuando Víctor ocupó el apartamento hacía seis años atrás. Los que no o los había traído en su momento de Mérida cuando se mudó (como la borra y el colador que ahora preparaba para colar el café) o los había comprado después para uso práctico, aunque no eran muchas cosas y eran por la necesidad de reemplazar algún mueble o artículo que se viera inutilizable.

Una vez el agua hirvió, coló el café en una jarra de barro artesanal, otro recuerdo de Mérida, con un poco de papelón en el fondo para darle gusto, y comenzó a removerlo con una cuchara con cierto cuidado. Tras de él se escuchó el pitido del microondas que avisaba que la arepa estaba lista. Se sirvió una taza de café, la colocó sobre la mesa y sacó la arepa ya lista del microondas. Hundió un cuchillo a un lado de la arepa y le practicó una boca que despedía un aliento de vapor caliente.

Fue de nuevo a la nevera, cortó unas lonjas de queso y las introdujo en la boca abierta de la dorada arepa, antes de cerrar de nuevo la nevera. Corrió las cortinas de la cocina para poder ver el exterior, afuera el paisaje urbano de una Caracas adormilada, enmarcada en los rayos violetas del sol naciente, le saludaron al otro lado de la ventana con su practicada cortesía. Se sentó ante la mesa, desde un ángulo que diese a la ventana, y dio inicio a su desayuno.

**Colinas de Bello Monte, Municipio Baruta. 7:00 a. m.**

Como se suele decir popularmente: caminaba como tigre enjaulado de un lado a otro de la habitación.

No hacía falta ser demasiado avispado para darse cuenta de que estaba nervioso, muy nervioso. Se pasaba una y otra vez las manos por el cabello, echándolo hacia atrás, o a acariciarse la barba a medio rasurar que volvía a crecer. Se encontraba en su estudio, sólo, como solía hacer cuando necesitaba calmarse y pensar, cosa que en ese mismo instante le resultaba imposible. Un teléfono celular reposaba ahora sobre la mesa, expectante, callado, silente… amenazante para él.

La llamada de Luisa lo había sorprendido… lo había turbado de una manera cruel, inesperada, dolorosa. Sabía que la cosa estaba caliente y que ahora estaba metido en un rollo de los serios, de los que no se libraría de una forma fácil o satisfactoria.

Y ahora ella lo iba a volver a llamar, lo sabía perfectamente. Le había advertido que volvería a llamar de nuevo para saber la respuesta, y Luisa nunca dejaba esas promesas vacías cuando se trataba de ellos dos. Eso era lo que más le asustaba, sabía que tan pronto ella lo llamase tendría que tomar una decisión, una decisión que no estaba listo para tomar. Necesitaba calmarse, pensar en lo que tenía que hacer y sopesar las cosas con muchísima calma. Pero detenerse a pensar no hacía más que turbarlo, sabía que la decisión, fuese cual fuese, no iba a gustarle a él para nada. Quería encontrar un punto, una manera de resolver la cosa, un término medio para llegar a un acuerdo. Quería encontrarlo, pensó en todos los caminos y en todas las opciones, intentando dar con esa mágica solución a su dilema.

Toda esperanza para él se esfumaron tan pronto sonó el teléfono otra vez…

Lo tomó de la mesa y revisó la pantalla. No había duda, reconocía ese número de contacto. Hubiera deseado no tener que verlo otra vez, no tener que enfrentarse con la voz que le iba a hablar desde el otro lado de la línea. Quiso negarse a atender, pero sabía que no podría. Ella volvería a llamar una y otra vez hasta que le atendiese. Atendió.

-¿Hola? – Preguntó tratando de sonar natural, calmado. Por dentro

temblaba de los nervios.

-Hola Miguel ¿Te encuentras ocupado? – Una voz femenina, con un tono meloso, le respondió la llamada. Era Luisa.

Nunca antes hubiera imaginado que una voz tan dulce fuese tan capaz de ponerle los nervios de punta, pero eso era lo que pasaba. Miguel tragó saliva y se pasó la mano por la cabeza, ahora bañada en sudor, antes de responder.

-No, no. Para nada, me llamas en el momento justo – le dijo soltando una risa que claramente sonaba nerviosa.

La voz al otro lado de la línea lo percibió, se quedó muda unos tensos segundos.

-Entonces – dijo de pronto, rasgando el silencio como a un débil velo - ¿Ya te decidiste por fin?

Él sabía que esa pregunta ¨ ¿Ya te decidiste por fin?¨ Era de todo menos una opción. Era un ultimátum, uno muy claro: o me dices que sí o te arrepentirás de no hacerlo. Miguel se quedó en ese momento, por más irónico que suene, indeciso de lo que iba a decirle a Luisa ¿Qué se suponía que debía decirle? ¿Cómo tenía que hacerlo? Se sentía acorralado, entre la espada y la pared, y Luisa le estaba apuntando al cuello.

-¿Y bien? – Rompió ella el silencio, con un deje de impaciencia en su dulce voz.

-Luisa… creo que… - estaba tratando de encontrar las palabras para decir lo que iba a decir, aunque a medida que hablaba comenzaba ya a arrepentirse – entre nos, yo digo que tal vez… estemos apresurando con todo esto. Quizás… quizás deberíamos pensar esto más fríamente… tener un poco más clara la cosa, tú sabes.

Hubo otro silencio al otro lado de la línea, uno más largo, uno más tenso. Las palpitaciones del corazón de Miguel habían aumentado en ese letal silencio.

-¿Conque más clara la cosa? – Toda melosidad de la voz de ella se había esfumado de repente. Ahora sonaba tan fría como un carámbano y sus palabras eran pronunciadas con una claridad cruel – ese es el problema contigo, Miguel. Simplemente te gusta a hablar por ti mismo en vez de por los demás ¿Qué si tener la cosa clara? Yo no sé tú, pero para mí está más que claro todo, yo no necesito pensarlo más ¿Me entiendes? – Esta vez fue Miguel quién guardó silencio - ¿Me… entiendes? – Insistió aún con

su tono gélido.

-Si…sí, claro – masculló él nervioso. No había manera que fuera más clara.

-Bien ¿Y tú sabes qué más está claro? – Preguntó ella de pronto, hubo otro silencio - ¿No? Pues te lo digo. Lo que para mí está claro es que tienes miedo, está claro que tú no quieres tener que tomar una decisión y está muy claro que tú no quieres separarte de esa noviecita tuya y aceptar tu responsabilidad como hombre ¿Me equivoco?

-Luisa, no estoy tratando de huir de nada… - trató él de calmar las aguas.

-¡Me estás evitando, coño! – Le espetó ella, su voz fue como una punzada congelada que le dio escalofríos a Miguel – crees que no me he dado cuenta ¿Verdad? Andas por ahí como si yo no existiera, me ignoras en la universidad y en cualquier otro lado donde me veas desvías la mirada como si no tuvieras nada que ver conmigo. Solamente apareces y me prestas atención cuando andas caliente y necesitas que me ponga en cuatro para ti…

-Luisa, por favor…

-¡Me presta atención! – Lo cortó – ya no puedes andar por ahí y fingir que yo no existo, que tú y yo no tenemos nada que ver uno con el otro ¿Lo sabes? Vamos a hacer las cosas como se supone que deben hacerse las cosas. Tienes una responsabilidad conmigo, y no puedes evadirte de ella ¿Está claro?

Miguel temblaba, sabía que Luisa hablaba en serio en cada una de sus palabras. Aquella voz gélida lo había turbado esgrimiendo como argumento la más pura verdad, aunque él hubiese deseado que tal verdad no existiese. Él lo sabía, no se había equivocado. Ella iba a darle un ultimátum, o lo hacía o no lo hacía. Tenía miedo tanto de decir que si como de decir que no, pero no había ninguna opción en el horizonte.

-Luisa, escúchame – dijo finalmente – voy a arreglar esto hoy ¿De acuerdo? Voy ahora y terminaré con este peo de una buena vez, te lo prometo.

-No prometas, sólo cumple – le soltó ella con la misma frialdad gélida. Después colgó el teléfono.

Miguel miró el aparato y se dejó caer sobre una silla, mientras con su mano libre se estrujaba la frente. Tenía miedo de Luisa y de lo que ella pudiera hacer si él no hacía lo que quería, pero al mismo tiempo tenía miedo de lo que estaba a punto de hacer. Pero ya había tomado una

decisión, ya no tenía marcha atrás.

Se levantó con prisa, guardó el teléfono en un bolsillo de sus pantalones y salió de su casa a zancadas…

# Capítulo 3

**Capítulo 2**

**11 de Febrero de 2016. Caracas**

**Ciudad Universitaria de Caracas, Parroquia San Pedro. 8:50 a. m.**

Una descripción de Caracas que no incluya a la Universidad Central de Venezuela estaría, de la manera más injusta, incompleta. La historia de esta institución, que en su tiempo había nacido como el Colegio Seminario de Caracas hacía más de cuatro siglos, estaba enraizada firmemente a la historia de la ciudad capital y de Venezuela en general. Era en esta institución donde venían a converger prácticamente todos los grandes acontecimientos del siglo XX, muchas veces ejerciendo un papel claramente protagónico.
Eso era, junto a ser considerada como la mejor universidad del país (y una de las mejores en América Latina), lo que había dotado de un halo de orgullo a la mera mención de la institución. Un templo de sabiduría y de libertad que se alzaba como el alma y el corazón de Caracas. Víctor se quedó un momento pensando en ello, sentado en Tierra de Nadie. Un enorme espacio verde surcado por senderos de cemento y adoquines (se había ganado el nombre de Tierra de Nadie por el simple hecho de no pertenecer a ninguna de las facultades). Con las piernas juntas y los brazos apoyados en las rodillas, pensaba en esos seis años que había cursado la carrera de medicina allí.
Había sido una sorpresa cuando, por un flechazo de suerte, había obtenido una beca estudiantil y había sido aceptado su cupo para estudiar medicina en la Central, el día en que sus padres y él se enteraron fue prácticamente un día de fiesta para los tres, un día de júbilo. Los vecinos, familiares y amigos también se alegraron de enterarse que Víctor se convertiría en ucevista, aunque hubo más de uno que no paraba de preguntarse por qué había pedido un cupo en Caracas y no entraba a estudiar directamente en la ULA (Universidad de los Andes), la cual no quedaba tan lejos y le ahorraría el tener que mudarse lejos.
Sin embargo ninguna objeción cambió de opinión a Víctor y sus padres no interfirieron con eso, sabían que de seguro tenía buenas razones para hacerlo y no quisieron meterse con ello, así que lo dejaron marcharse a Caracas deseándole lo mejor. Él necesitaba estar lejos de Mérida, reinventarse en otra parte. Era necesario que se fuera.
-¡Epa, Víctor! ¿Qué pasó? – El grito detrás de él, junto al fuerte palmetazo que recibió en la espalda, le hizo girarse con un respingo.
Detrás de él estaba un muchacho moreno de cabello corto, con los ojos oscuros y una enorme sonrisa que le cruzaba el rostro. Era Tico Jiménez, un viejo compañero de la universidad y uno de sus mejores amigos. Vestido con una camisa a rayas verde, unos jeans y un par de Converse falsas.

-¡Coño, Tico! ¿Qué manera de abordar son esas? Casi me matas del susto – le reclamó, a lo que Tico le respondió con una risa que se le acabó contagiando a Víctor.
-¡Ah bueno! Es que te vi ahí solo como estabas y quería ver cómo ibas – dijo Tico en respuesta.
Los dos comenzaron a hablar y a ponerse al corriente sobre sus vidas, Alberto Jiménez (Tico entre los amigos, por Albertico) era estudiante de sociología, Víctor lo había conocido al llegar a la universidad y se habían hecho amigos desde el primer día, de hecho le sorprendió bastante cuando se enteró que él vivía también en Catia, en uno de los barrios cercanos a Ruperto Lugo. De ahí se hizo común que ambos quedaran en la casa de Tico (la cual compartía con una tía de él) o en el apartamento de Víctor, estrechándose cada vez más la amistad entre ambos, quienes eran muy distintos entre sí.
Tico era muy jovial y alegre, de hecho prácticamente él le había abordado a hablar, sin mayor motivo aparente, y no dejaron de hacerlo; Víctor en cambio era mucho más reservado, más medido y tranquilo, siendo más común encontrarlo en silencio. Era curioso que dos personas, aparentemente tan opuestas, se les vieran tan complementadas entre sí. A veces Víctor se sorprendía por eso.
-Y ahora que estamos aquí ¿Tú no estabas haciendo pasantía en El Clínico? – Preguntó Tico de pronto.
-No estaba, estoy haciendo la pasantía – corrigió Víctor sonriendo – de hecho tengo turno esta noche, vine para traer un libro – en ese momento una luz cruzó un segundo su mente y agregó – por cierto ¿Alicia no viene contigo?
-Sí, venía conmigo. Fue a verse con una amiga… - dijo Tico mientras miraba sobre el hombro, escrutando los alrededores - ¡Ah mira! Ahí viene.

Efectivamente se estaba acercando corriendo una atractiva muchacha de tez blanca, el cabello corto de un rubio teñido enmarcando su rostro, vestida de forma informal con una blusa azul, jeans y botines. Iba trotando mientras dedicaba un saludo con la mano a Víctor y a Tico, sonriendo ampliamente al verlos. Su nombre: Alicia Romero, estudiante de trabajo social, amiga de Víctor y actual pareja de Alberto.
Tan pronto llegar dedicó unos segundos a recibir a Tico, con un par de besitos y unas cuantas palabras melosas, antes de dirigir la vista hacia Víctor y tenderle la mano.
-Es curioso volver a verte por acá, Vitico – dijo ella una vez que Víctor le estrechó la mano.
-Bueno, tú me pediste que viniera – aclaró él encogiéndose de hombros – además que ando en El Clínico, así que no te vas a librar de mi tan fácil.
-Desdichada sea yo – dijo ella en broma antes de sentarse, entrelazando las piernas - ¿Trajiste el libro que te pedí?
-Sí, lo tengo ahí – dijo señalando su mochila, la cual reposaba en el espacio que había entre Alicia y él.
Ella sin más lo tomó, dándole las gracias a Víctor, y comenzó a hurgar en él. Ellos dos se tenían una curiosa confianza que se reflejaba en la manera

de comportarse de los dos, hubo incluso un tiempo en el que ellos tuvieron una relación. Se habían conocido por un amigo en común de Tico y Víctor que los había presentado, de allí se hicieron cercanos, fue entonces cuando Víctor y Alicia comenzaron a salir. La relación no prosperó como se esperaba, los dos resultaron tan distintos que se hicieron incompatibles en el campo íntimo. No era tanto que se llevaran mal, incluso después de romper siguieron siendo buenos amigos, era que simplemente no eran capaces de ser pareja siendo tan distintos.
Por lo que Alicia siguió con su vida y Víctor siguió con la suya. Hace dos años él se enteró que ella estaba saliendo con Albertico Jiménez y en ese tiempo todavía se mantenían juntos. Él en cambio se había quedado sin pareja, avocado principalmente a sus estudios y atento a graduarse. Les deseó en su momento toda la suerte del mundo y los tres siguieron teniendo un vínculo estrecho.
Tras un rato ella finalmente sacó el libro que buscaba, pero entonces algo dentro de la mochila pareció llamar su atención. Dejó el libro en la grama y miró su interior antes de meter la mano dentro.
-¿Qué es esto? – Murmuró mientras sacaba otro libro, dedicando unos segundos a ver la portada – esto no es de medicina, creo yo – comentó sarcástica mirando a Víctor y enseñándole la portada, era un número de Muerte en Hamburgo que él había adquirido recién.
Sin esperar explicación, Alicia comenzó a ojear la sinopsis y luego las páginas de la novela que tenía en las manos. Mientras Alberto preguntaba, y Víctor respondía, la tan breve como nimia historia de cómo había conseguido, de casualidad y casi de suerte, un número de aquel libro que le habían recomendado (a pesar de llevar diez años impreso) con cierta vehemencia. Al rato ambos amigos giraron hacia Alicia, quien ahora arrugaba el entrecejo con la vista aún en el libro, finalmente lo cerró y se lo devolvió a Víctor con expresión asqueada.
-Si sigues leyendo cosas así te vas a volver loco – le dijo ella mientras Víctor tomaba el libro, poniéndolo a un lado.
-Con los cuentos que me han echado en El Clínico bastan y sobra para eso – confesó él.
-Déjame adivinar ¿Otra de esas novelas que te gusta leer? – Preguntó de pronto Alberto, dirigiéndose a Víctor.
-Peor – dijo Alicia exagerando un estremecimiento.
Ambos se rieron con la reacción de ella y ella se les unió. Ya los dos (Alicia y Tico) eran conscientes que uno de los placeres secretos que tenía Víctor era el de las novelas policiales. Él, de hecho, tenía dos estanterías en su sala en donde sus libros de medicina tenían que compartir una incómoda vecindad con Poe, Simenon, Carmilleri, Larsson, Di Giovanni y ahora Craig Russell. Igualmente la conversación, inevitablemente, comenzó a girar en torno a los libros y las series policiales que eran de sus favoritos. Al final, por más que lo criticaran, los gustos de los tres no diferían tanto como pensaban.
A eso se dedicaría Víctor buena parte de la mañana, a conversar y ponerse al día con dos de sus mejores amigos. La verdad era que se sentía bastante a gusto al volver a verlos de nuevo, volver a charlar con la

misma energía y entusiasmo que siempre. Pero tras un rato de charla, él miró su reloj, metió la novela policial en la mochila y se levantó dispuesto a irse, pero no sin antes despedirse con un apretón de manos y un abrazo para Tico, y un besito en la mejilla para Alicia.
-Oye Vitico, deberíamos quedar un día de estos para charlar, que hace tiempo no lo hacemos – propuso Tico antes de que se fuera.
-Bueno, este fin de semana quedé con alguien. Pero podemos arreglar algo para la próxima semana si les parece – dijo Víctor, Alicia enarcó una pestaña.
-Qué quedaste con alguien ¿Eh? ¿Hablas de esa pavita linda de enfermería? – Inquirió ella con una media sonrisa. Sin duda se refería a Diana.
-¿Estás celosa acaso? – Replicó Víctor con sorna. Ella soltó una carcajada y se apegó al brazo de Tico mientras lo rodeaba con los suyos.
-¡Qué va! Si con éste me basta y me sobra – respondió sonriente.
Dedicaron unos minutos a decidir donde se reunirían, quedando finalmente en la casa de la tía de Alberto, antes de despedirse definitivamente. Los dos novios se quedaron sentados juntos, pegados una al otro, mientras que Víctor se encaminó a abandonar Tierra de Nadie.

**Colinas de Bello Monte, Municipio Baruta. 11:30 a.m.**

Domingo Ramírez se encontraba sentado ante la mesa junto a Rosa, su esposa, la cual estaba frente a él. Mientras comían mantenían una charla intranscendente sobre temas banales que ellos solían mantener en su soledad, chismorreos de los vecinos, las cosas que se veían en televisión o que se leían en los periódicos (lo más interesante hasta ahora) y sobre la familia de ambos, de cómo les estaba yendo y eso.
-Oye, mi amor. He estado pensando – intervino de pronto Rosa, poniendo los ojos en blanco - ¿Hace cuánto que no vemos a Nina?
Ramírez dejó su espagueti quieto un momento, sobándose la barbilla en gesto pensativo como haciendo memoria.
-Como un mes, más o menos – respondió finalmente, antes de mirar hacia Rosa.
-Pobrecilla, lleva un mes sin que la vea nadie – murmuró Rosa con lástima.
Ramírez extendió el brazo y le tomó la mano, ella lo vio y sonrió. El rostro de él también reflejaba preocupación.
-Sé que te preocupas por ella, yo también lo hago, créeme. Pero no está sola; tiene gente que la cuida – le habló él dulcemente, esbozando una sonrisa para ella – además no creo que nadie la esté viendo, de seguro ese nuevo novio está pendiente de ella.
Rosa suspiró.
-Lo sé, pero es que igual no puedo quedarme tranquila. Quiero verla – dijo ella mirándolo a los ojos.
Él bajó los ojos e inhaló profundamente antes de soltar un largo suspiro, levantó la vista hacia Rosa.

-De acuerdo, voy a llamar más tarde al doctor Fonseca para ver cuando podemos visitarla – le dijo sonriendo y dándole unas palmadas en el dorso de la mano.
En ese momento Rosa quiso decirle algo, pero de pronto su teléfono comenzó a sonar. Él sacó el aparato y revisó rápidamente la pantalla. Inmediatamente se puso de pie, soltando la mano de Rosa, para luego rodear la mesa y besarla en la mejilla.
-Perdona, mi amor. Tengo que atender, cosas del negocio – se excusó antes de irse hacia la sala a atender la llamada.
Rosa suspiró, la había dejado con las palabras en la boca. Pero la llamada era importante, o eso quería él que creyera.

**Inmediaciones de la Ciudad Universitaria de Caracas, Parroquia San Pedro. 11:30 a.m.**

No era común encontrar cerca de la Ciudad Universitaria locales y establecimientos donde se sirviera comida, a pesar de ser ésta una estrategia efectiva y lógica que muy pocos, casi nadie, habían sabido aprovechar para llevar adelante sus negocios. La mayoría de los ucevistas optaban por los cafetines que se encontraban dentro del campus y que ofrecían una vianda asequible para la mayoría. Pero para Víctor había un lugar al que siempre hacía un sacrificio por ir y que frecuentaba a la hora del almuerzo: El Restaurante Sierra Nevada, cercano a la entrada de las Tres Gracias.
Lo había encontrado casi de casualidad, en el transcurso de su primer año, se había sentido a gusto allí más que en otros establecimientos. El lugar era regentado por un tal Jorge Villa y sus hijos, quienes venían de Mérida al igual que Víctor, era en parte por eso que se sentía a gusto de venir allí y la razón para no optar por los cafetines, eso junto al carácter más bien solitario de él. La especialidad del restaurante eran los platos típicos de aquella zona. Solía charlar cada tanto con los hijos, que eran los que atendían las mesas, o con el propio señor Villa, cuando no estaba ocupado tras el mostrador. Al entrar al lugar ya era recibido cordialmente por la familia, quiénes se encargaban de buscarle un puesto libre donde sentarse.
Lo único que quizás desentonaba, por extraño que fuera, era el propio local (en términos de infraestructura). El lugar que ocupaba era un edificio de diseño moderno que trataba de imitar alguna especie de cafetería estadounidense, con un enorme panel de vidrio con vista a la calle y una puerta de metal y vidrio atada a una campanilla que anunciaba alegremente la presencia del cliente que pasara por ella. Aunque el señor Villa había tratado de luchar contra esa discrepancia adornando el interior con fotos enmarcadas de la Sierra Nevada, cuadros de pintores merideños o estampas promocionales de paisajes andinos, los cuáles adornaban las paredes.
Tras sentarse y charlar un rato con el hijo menor (que se llamaba también Jorge), pidió una pizca andina, una arepa andina con queso ahumado y una taza de chocolate para acompañar. Luego de que Jorge hijo se

retirara, él se dedicó a observar por la ventana a la gente pasar, como solía hacer cuando venía solo a ese local. No se fijó en cuanto se abrió la puerta y apenas prestó atención al aviso de la campanilla, simplemente estaba concentrado en sus propios pensamientos como casi siempre.
-Le importa si le hago compañía – una voz cantarina de mujer lo sacó de sus cavilaciones y lo hizo girar.
La vio y se quedó mudo en ese instante. Era Diana.
-Ah… claro. Siéntate – ya ella tomaba asiento mientras él articulaba tres palabras.
Diana Medina era estudiante de la Escuela de Enfermería, era una muchacha vibrante de amplia sonrisa, una agradable voz cantora y además era bella, muy bella, con la tez bronceada de forma natural, un par de ojos verdes como un par de esmeraldas y una larga cabellera risada negra, a la que le daba cuidados regulares, y siempre que ella se acercaba se percibía un olor a coco. Hoy vestía con una blusa blanca bajo una chaqueta jean azul oscura, pantalones de jean y unas zapatillas blancas completaban el conjunto.
Desde el primer día en el que ellos dos se conocieron, hacía un par de semanas, él se sintió muy atraído hacia ella, tanto por su forma de ser como por su aspecto, los cuales se habían juntado para aturdirlo cada vez que la veía cerca.
-¿Qué sucede que andas tan solito? – Preguntó ella mientras apoyaba los brazos en la mesa y se inclinaba - ¿No tienes nadie con quién hablar acaso?
-Mis amigos andaban ocupados y no podían acompañarme – respondió desviando la vista, antes de volver la vista a ella - ¿Y tú qué? No me digas que decidiste adelantar la cita del fin de semana.
-¡Ya quisieras tú! – dijo ella riendo. ¨La verdad es que si¨, pensó Víctor – no, yo vine para recoger algo que el señor Jorge me hizo el favor de guardar.
Víctor enarcó una ceja.
-¿Conoces al señor Jorge? – Preguntó curioso.
-¡Claro! Él vive cerca de mi casa, de hecho – respondió ella con una amplia sonrisa – le pedí ayer que me guardase el bolso, que lo había dejado en un salón. Fue muy loco, tuve que llamarlo ayer a eso de las ocho para que lo fuese a buscar, por suerte andaba cerca preparándose para cerrar.
-¿Eso fue antes o después de que me mandaras el mensaje? – Comentó él en broma.
Ella no respondió, en su lugar le dio una palmada suave en la cabeza. Ambos se rieron y dedicaron unos minutos a bromear entre los dos antes de que le llevaran el bolso a Diana, tras lo cual se levantó y se retiró, lanzándole un beso a Víctor antes de irse.
Él deseaba que ya fuese sábado.

# Capítulo 4

**Capítulo 3**

**11 de Febrero de 2016. Caracas**

**Nuevo Circo, Parroquia Santa Rosalía. 03:00 p.m.**

Los resortes del colchón rechinan en agonía, bajo el peso de dos cuerpos que copulan salvajemente sobre la cama. Ambos cuerpos se entrelazan en una danza erótica de ritmo torpe y brusco. Ambos igualmente disfrutan de la salvaje cópula, sin tardar demasiado en darle fin.

Ella es negra, de desordenado cabello rizado y demasiado maquillaje, más que realzar el atractivo lo opaca. Una prostituta. Él es alto, musculoso, con el cabello negro cortado casi al cero. El cliente.

Tan pronto terminan, él se levanta y toma sus pantalones, poniéndoselos ante los ojos de ella. La prostituta se incorpora y lo observa extrañada mientras él se viste.

-¿Qué pasó? – Le pregunta - ¿No te gustó acaso el servicio?

Él no responde nada, apenas la mira sobre el hombro, su expresión es fría, inexpresiva, feroz. Continúa ignorándola mientras se pone los zapatos, ella se incorpora y sin querer mira hacia el suelo. Ve tirada una pistola, como la que usan los pacos, abre ampliamente los ojos y la toma entre las manos. Ésta no la tenía la última vez que se vieron.

-¡Épale! ¿Cómo conseguiste este beta? – Pregunta mientras empuña el arma.

Él se gira de pronto y le arranca la pistola de las manos, lastimándole los dedos a la prostituta. Ella se queda sorprendida, su sorpresa pasa a miedo cuando ve que el cañón de la pistola ahora apunta hacia su cabeza. Boquea y levanta la vista hacia el hombre, quien la está mirando con su expresión fría, dura, y con los ojos ardientes de odio.

-No vas a decir nada de esto ¿Okey? – Le advierte mientras señala con su otra mano la pistola.

Ella se enjuaga los labios y piensa antes de articular algo.

-Oye… tranquilo, sólo me dio curiosidad… - dice tratando de sonar despreocupada.

Una oleada de dolor le surca el lado izquierdo del rostro. Cual si fuera un látigo, el cliente le acaba de descargar una bofetada en la mejilla. Ella vuelve a mirarlo a él y luego a la pistola. Ahora sabe que va en serio, ahora tiene más miedo que antes.

-Hablo en serio, putica – le dice hablando muy lentamente, de manera fría – no vas a decir nada de esto… o te detono ¿Está claro?

Ella asiente. Él se guarda la pistola tras la espalda y se pone una sudadera negra, sin mangas y con capucha, la cual deja su torso lleno de tatuajes al descubierto. Se mete la mano en un bolsillo y saca un fajo de billetes de cien, cuenta unos, los aparta del fajo para tirarlo sobre la cama. Se sube la capucha y sale de la habitación sin decir nada.

Ella mira el dinero, no lo toma hasta que está segura de que él realmente se fue para no volver.

**Hospital Psiquiátrico de Caracas, Lídice. 04:50 a. m.**

Dolores no quería hablar con nadie.

Siempre estaba aislada. Los médicos siempre le decían que tenía que hablar con los demás, que debía relacionarse con su entorno, tratar de charlar. Pero ella no podía, incluso si quería no lo podría conseguir. Tenía miedo de que al hablar con alguien, que tan pronto tuviera un vínculo con alguien por al menos un día, éste se desvaneciera como una nube de polvo al viento.

Sabía que los demás no estaban bien, sabía que ella misma no estaba bien. Todas las personas conocidas en un día se convertían en extraños al siguiente, o a lo mucho a la semana. Le pasaba muchas veces, demasiadas, sabía que estaban cambiando a las personas a su alrededor, a los médicos, a los enfermeros, a varios de los pacientes… habían cambiado incluso a su familia. Ella sabía que antes no era así, antes estaba rodeada de mucha gente, de gente que la quería y en la que confiaba, gente que ella amaba con todo su corazón. Con la gente de su entorno se sentía completamente a salvo, se sentía protegida,

acompañada de esas personas queridas, y era tan feliz al sentirse tan segura.

Pero ahora todo eso se había esfumado, desde el día en el que no fue capaz de reconocer a ninguna de las personas que la rodeaban. No era que no las recordase, era que simplemente no eran las mismas, querían hacerle creer que lo eran, pero ella sabía que no era cierto.

¨Lola, Lola, soy yo ¿Acaso no me reconoces? Soy yo, no han cambiado a nadie¨, era lo que le decían, llamándola como solían hacerlo sus amigos y su familia, pero ella sabía la verdad, ellos no eran ni su familia ni sus amigos. No sabía quiénes eran o por qué la torturaban diciéndole que eran sus seres queridos, no tenía ninguna idea de qué querían de ella. Pero algo estaba claro, ellos les mentían, ella lo sabía y sólo quería que le dijeran por qué fingían ser ellos.

Nadie le creyó, de hecho nadie le cree. Ellos, esos impostores, los que reemplazaron a su familia, decidieron que ella no podía seguir con ellos y la internaron acá, en el psiquiátrico, y de allí no volvieron nunca a visitarla ¿Era acaso eso lo que buscaban, encerrarla allí? En ese momento ella les creyó, quiso pensar que una vez ahí dentro encontrarían lo que le pasaba, que la curarían y todo volvería a la normalidad. Pero no había vuelto a la normalidad.

En lo que llevaba allí no se había encontrado con otra cosa que no fuera un doble tras otro, personas que fingían ser los enfermeros que la atendían, los pacientes que estaban en el lugar, el médico que se encargaba de evaluarla. Tan pronto comenzaba a familiarizarse con ellos los cambiaban, aparecían los impostores asumiendo su lugar y fingiendo ser esas personas ¿Por qué lo hacían? ¿Por qué? ¿Qué ganaban ellos con torturarla? No había encontrado sosiego desde hacía mucho... ¿Desde hace cuando? ¿Cinco? Si, cinco años. Cinco años que llevaban torturándola de esa manera.

Ella se sentía sola, terriblemente sola. Rodeada de esos malditos dobles, aquellos impostores que la hostigaban y la torturaban siempre, sin poder confiar en nadie, sin poder charlar con alguien, sin tener un solo amigo, ni siquiera alguien a quién contarle sus preocupaciones.

La única persona con la que pudo acercarse, la única ¨amiga¨ que pudo hacer entre esas grises y oscuras paredes, había sido esa chica, Nina. Esa niña linda, la que parecía una muñeca de porcelana que se sentaba ante la ventana, mirando a través de ella sobre un haz de luz mortecina que entraba por ahí. La que siempre cargaba un cuaderno empastelado en negro, reposando a un lado de ella antes de ponerse a escribir en él.

Pero ahora Nina no estaba. Él se la había llevado y ella no regresó jamás. Ahora Dolores se había quedado nuevamente sola, sola y sin aquella

persona que era lo más cercano a una amiga que había tenido en mucho tiempo.

Por lo que ahora ella estaba sentada en un rincón de una sala oscura, viendo hacia un espacio vacío iluminado por el mismo haz de luz mortecina. El mismo sitio que siempre ocupaba Nina, aquel lugar donde siempre la encontraba sin falta.

Ella comenzó a llorar, a llorar porque se acordó de Él. Lloraba porque ahora temía por Nina, sola y desamparada, y ella no podía hacer nada por ella…

**Altamira, Municipio Chacao. 06:30 a. m.**

El sabía hacia donde se dirigía, hacia donde quería ir. Sabía perfectamente qué era lo que buscaba y dónde era que lo iba a conseguir. Sonreía y se relamía los labios de sólo pensarlo.

A bordo de una camioneta Hyundai color platino, él dedicó un momento a alisarse el cabello viéndose en el retrovisor, antes de volver a centrar sus ojos en la carretera. Sabía que ya estaba entrando en Altamira tras un largo recorrido. Siempre era largo el viaje hacia Altamira. Podría haber recortado el camino yendo al Metro, como solían hacer otros viandantes de Caracas, incluyendo las personas del Este, precisamente para eso estaban las líneas del Metro.

Pero, cuando se trataba de esta clase de incursiones, él prefería mil veces utilizar el auto, un medio que le alargaba el camino más de la cuenta. Tenía sus razones, más que todo porque resultaba el medio más ¨privado¨ de viajar, no era necesario tener que cruzar camino con otras decenas, o incluso cientos, de personas que estuviesen en el mismo lugar, y aparte que no habían tantas cámaras de vigilancia en su trayecto. Debido a la intención de sus incursiones era imprescindible tener el menor número de testigos posibles, esas eran las condiciones para poder llevarlas a cabo.

¨Mejor así, igual no pierdo la práctica al volante¨ pensó mientras doblaba por una esquina, sonriendo ampliamente. Estaba tan cerca de su destino que su imaginación se disparaba, casi podía sentir los labios carnosos y suaves, la suavidad y firmeza de los senos o los glúteos, el sensual

contorno del cuerpo y el olor de aquella cabellera tan roja como el rubí. Todo eso y más le estaban esperando en su destino y él se deleitaba con tan sólo imaginarlo, pero debía dejar de hacerlo, dejar esas diversiones de su cabeza para el momento en que podría llevarlas a cabo.

Además, no era la única diversión que le esperaba esa noche… Pero eso era otra historia, una que podía esperar.

Llegó a un rincón de una de las calles de Altamira, no muy lejano a su destino. Aparcó el carro a una calle de su destino, ya que prefería hacer el resto del trayecto a pie. Se levantó el cuello de la cazadora antes de abrir la puerta y apearse del vehículo, comenzando a caminar por la acera, con las manos en los bolsillos y en completo silencio.

Una pareja giró en la acera y se acercaba hacia él, inmediatamente sacó una cajetilla de la que apartó un Belmont, el cual sostuvo en la boca antes de guardar la cajetilla y echar mano a un encendedor. Él no necesitaba fumar, sólo necesitaba cubrirse el rostro, así que fingió luchar con el encendedor mientras metía el rostro entre las manos. La pareja pasó por su lado, aunque no pareció fijarse en él, parecía que estaban demasiado atontados el uno por el otro para fijarse.

Le pasaron de largo, aunque él dedicó un momento a verlos alejarse. El muchacho no era la gran cosa, un tipo de cara bonita normal, seguramente hijo de una familia de clase media de esa zona del Este (de Altamira, La Castellana, Los Palos Grandes o afines), pero en cambio la muchacha… ella sí que era muy bonita, viéndola de perfil, era una carita bastante linda, como una muñeca. Frágil e inocente. Tal cómo a él le habían gustado tiempo atrás.

En ese momento se decidió, no iba a tener una sola cita hoy.

Siguió caminando hasta su destino, un hotel bastante fino, algo caro para su gusto, pero sabía que, por la estancia, no tendría motivos para preocuparse. Y lo mejor de todo es que era discreto, no solían hacer preguntas mientras les pagaran bien, y él sabía que ella les pagaba muy bien. Entró a la estancia, fue hasta la recepción y se presentó con un nombre falso, le dijo al recepcionista que ¨tenía una cita importante y lo estaban esperando¨, dijo el nombre de habitación y de parte de quién era la cita (ella también usó un nombre falso).

Como siempre, el muchacho recordó para qué le habían pagado horas antes y no hizo ninguna pregunta, diciéndole sin más al recién llegado en qué piso era la habitación. El hombre sonrió y se despidió antes de ir a un ascensor, subió hasta la última planta (el edificio era de siete plantas) y de allí caminó por el pasillo hasta la habitación que le había indicado el muchacho, un 56 dorado elegante, clavado a una puerta de madera

oscura, le confirmaba que ese era el sitio.

Como siempre, tocó primero tres veces con el dorso de la mano. Aunque igual ya se imaginaba cual sería la respuesta.

-Adelante – la voz que le respondió, tan sensual y elegante como siempre, no lo había defraudado en su expectativa.

Al entrar él la encontró, con su flamígera melena cayendo sugerentemente sobre los hombros, sentada en la cama con las piernas cruzadas y vestida con un ceñido pero elegante babydoll negro. Ella sonrió al verlo y se inclinó sobre una mesa del servicio, donde reposaba una botella de vino blanco junto a dos copas de vidrio.

-¿Quiere un brindis antes de discutir el trato, señor Ramírez? – le preguntó ella de forma sugerente, mientras le echaba mano a la botella de vino y la sostenía con ambas manos, como una sexy vinatera que ofrecía la mercancía esperando venderla.

Él no respondió al instante, sólo sonrió. Antes de decir nada cerró la puerta…

**Hospital Universitario de Caracas, Ciudad Universitaria de Caracas. 07:30 p. m.**

El Doctor Samuel Barreto se encontraba ante la puerta del hospital fumando un Cónsul cuando vio a Víctor Bautista acercarse corriendo hasta él, con el morral sobre el hombro y respirando agitado. Había ido corriendo, sin ninguna duda, tan pronto se vio llegando tarde a la hora que le correspondía.

-Doctor Samuel, lo siento. Me distraje haciendo otras cosas… - el doctor lo cortó a mitad de frase alzando la mano.

-Te quedaste leyendo ¿No, Bautista? – Le interrogó.

Víctor se quedó en silencio unos segundos, pero luego bajó la vista y asintió con pesar. El doctor dio una calada de su Cónsul y luego señaló

hacia atrás.

-Martínez anda como perro con tres bolas allá dentro – dijo el doctor ignorando la disculpa de Víctor – ve ahora mismo a ayudarlo.

-Sí, doctor Samuel – dijo Víctor rodeando al médico, el cual se quedó en su lugar fumando su cigarrillo.

No iban a arruinarle ese momento de tranquilidad por un estúpido atraso.

# Capítulo 5

**Capítulo 4**

**15 de Marzo de 2001. Santiago de Chile.**

**Hospital Dr. Lucio Córdova, Comuna San Miguel. 10:47 a. m.**

El día en que papá vino corriendo al colegio a recogerla a mitad de clases, metiéndola a toda prisa en el auto, supo que tan pronto llegaran al hospital mamá estaría muerta. Ya lo sabía antes de que el doctor que la atendía los recibiera en la sala de espera, antes que éste le confirmara la mala noticia a su padre meneando su canosa cabeza. Lo sabía, pero durante todo el viaje no quiso creerlo… o quizás sí, sí lo creía, pero tenía miedo de saber que era así. Imposible era saberlo, apenas era una niña cuando pasó.

Incluso si le preguntaran hoy cómo era su madre, ella no podría recordarlo. De ella había dos imágenes, tan distintas entre sí como igual de indivisibles, ambiguas, amorfas; pero sin embargo eran distintas, diferentes. Eran dos figuras, dos recuerdos de una misma persona, de un mismo ser que ese día en el hospital había fallecido. Uno era un ser angelical, de una voz preciosa, dulce y afectiva. Una madre, una esposa, una amada; un ser que casi no merecía estar en este mundo tan impuro e imperfecto. Era el recuerdo que papá tenía sobre mamá y que siempre atesoró para él.

Y luego estaba la otra, una figura triste, lúgubre y gris. Un ser dolido, agonizante, con una voz lastimera que apenas podía murmurar las palabras; una criatura cuya vitalidad lentamente la iba abandonando, dejando detrás un cuerpo semejante a un caparazón cada día más vacío. Era el recuerdo que ella, que sintió sus suaves y frías manos sobre el rostro, que tuvo que despedirse luego de que aquel ser, apenas vivo, le besara la mejilla… Era ese el recuerdo que ella guardaba de mamá, mientras moría lentamente.

Ese día se había congelado en su memoria y siempre lo recordaba, con una punzada en el corazón, una punzada de tristeza y de dolor, pero también de miedo… un miedo profundo que le arrancaba lágrimas y siempre la hacía llorar. Desde el día en que mamá murió ella estuvo sola. Papá nunca se pudo recuperar de la pérdida, había siempre un vacío en la casa, tan amenazante como un espectro, el cual nunca pudo ser llenado y del que él jamás pudo acostumbrarse. Papá siempre estuvo triste y lo recordaba aislado, dolido, lleno de amargura.

Y sólo ella sabía por qué, ella conocía su dolor, lo percibía con perfección. Pero eso no hizo más que contribuir a su aislamiento, se acostumbró a la

falta de compañía, la falta de contacto con el mundo. Se acostumbró a la soledad, no le molestaba en lo absoluto. Su vida giró en torno a ese encierro voluntario dentro de su propia piel, dentro de sus propios pensamientos, ella estaba sola y, por más triste que fuera, asumiría que se quedaría sola.

Pero aunque la soledad era deprimente, era al menos soportable en comparación con el miedo. Ella desde ese día (en el que murió mamá) tuvo miedo, mucho miedo. Al recordar aquella presencia gris, triste y agonizante, mientras pensaba en cómo la vida se le iba escapando lentamente, ella sentía ese pavor atroz que a veces la paralizaba y la hacía llorar desconsoladamente. Ese día se le disparó un temor que nunca pudo apaciguar.

No era el miedo a la muerte, como de seguro se podría pensar. Era el miedo a la agonía, al dolor perpetuo e insistente como el que sintió mamá, a la sensación de que todo rastro de vida se escabullera de entre sus dedos como si intentara aferrarse a la arena. Pensaba en todo lo que ella había sufrido y en lo mucho que tardó en morir, pensaba en cómo el ser angelical que había sido mamá se había convertido en una figura gris que apenas era un cascarón.

Durante años temió que ese día llegara, rogaba que ella no se viera así, deseaba con toda su alma que no llegara el día en que ella estuviese muriendo de forma lenta, el día que sabría que moría pero que no pudiera evitar que pasara.

Pero ahora ese día llegó. Ella iba a morir…

**12 de Febrero de 2016. Caracas**

**Estación Ciudad Universitaria, Parroquia San Pedro. 01:35 a. m.**

Sus ojos se humedecen en lágrimas mientras apoya la cabeza en la pared. Sus dos manos se sostienen el vientre. Ella tiene miedo, llora porque tiene miedo. Ella lo sabía y le aterraba eso. Ella iba a morir…

No quiere morir, se aferra lo más que puede a la conciencia para no perderla. Sabe que si la pierde estará condenada, que morirá. Su rostro está surcado de lágrimas que ya dejaron de caer. Su respiración es débil, casi imperceptible, pero aún sigue ahí.

Ella tiene miedo, verdadero pánico. El día que más ha temido en su vida ahora había llegado para convertirse, sin dudas, en el último día que ella

pueda vivir. La puerta se abre, ella intenta levantar la vista, lo consigue pesarosamente. Sus ojos acuosos y cada vez más muertos ven un grupo de figuras borrosas que se acercan, son… ¿Dos…? ¿Tres…? Son tres. Uno le pone la mano en el hombro, ella apenas lo siente, mira a la figura borrosa que está a su lado.

Le habla, sabe que le está hablando, su voz le va llegando lejana, como si estuviera hablando desde una habitación con eco a lo lejos. Él trata de tranquilizarla, de decirle que iba a estar bien, ella siente que la agitan, de pronto ya no está en el suelo. Las dos figuras la están cargando y comienzan a llevarla en hombros hacia afuera, para luego dirigirse a toda prisa hacia una escalera. Su respiración es cada vez más superficial, más débil, ella lo percibe. Ellos quieren llevársela a prisa lejos de allí, no sabe hacia dónde van, pero un pequeño atisbo de esperanza aparece en lo más profundo de ella.

-No quiero morir… no quiero morir – su voz se ahoga mientras pronuncia esas palabras. Un llamado agónico, un lamento débil, un grito en silencio…

**Hospital Universitario de Caracas, Ciudad Universitaria de Caracas. 01:50 a. m.**

Hasta ahora, el turno nocturno de Víctor había resultado ser bastante loco y movido, al ser Viernes (¨Sábado Chiquito¨ como le llamaban, la antesala a miles de locuras que se cometerían el fin de semana) no era algo tan sorprendente y daba a entender por qué el doctor Barreto había insistido en que se encargaran del hospital al anochecer. En este caso Víctor tuvo que encargarse de accidentes tan extraños como extravagantes que terminaban en lesiones, punzadas, golpes, esguinces, torceduras, etc. Lo bueno es que al menos los pacientes no solían quejarse del tratamiento y hasta se lo tomaban con humor, aunque estaban en su mayoría prendidos y lo que venía después. En cambio, tan pronto durmieran la borrachera, todos los dolores y los daños de sus locuras del viernes se sentirían multiplicados por cien junto a la resaca.

Él se había traído un libro, el mismo que tanto incomodó a Alicia, con intención de leerlo en cuanto tuviera un rato libre. Craso error. Durante el turno Víctor apenas había encontrado momento para respirar, mucho menos para pretender leer siquiera alguna línea, lo peor es que ya preveía que iba a tener que trabajar hasta tarde y que para cuando terminara iba a estar hecho polvo. Y al estar hecho polvo no estaría de ánimo para leer.

¨Supongo que tendrá que esperar a mañana, pasantía es pasantía¨, pensaba mientras le ponía la antitetánica a un estudiante borracho que mascullaba unas bromas incomprensibles, de las que encima se reía a carcajadas ¿Qué carajo decía? Al menos la gente que venía era mayormente para eso, otros días o en otros hospitales tenían que lidiar con otras situaciones menos risibles y más críticas. Era al pensar en eso que Víctor agradecía estar cumpliendo la pasantía allí, en el Hospital Universitario de Caracas, en donde no tenía (de momento) que preocuparse por cosas tan graves.

Tal como había creído, el turno se había alargado. Tal como sospechó, ya estaba hecho polvo cuando estaba cerca de terminar.

Se sentó en una silla de la zona de descanso y se retorció los ojos. Había sido un turno de locos. Estaba realmente cansado y ya tenía sueño. Si el doctor Barreto hubiera avisado el día anterior no se habría dormido tan temprano. Echó un vistazo a su reloj, era ya la una con cincuenta de la madrugada. El turno finalizaría en muy poco.

Bostezó y se estiró, alzando los brazos hacia arriba y echando la cabeza hacia atrás. Tan pronto llegase a casa iba a caer muerto del sueño. Pero no es como si pudiera arrepentirse, su idea era convertirse en médico, desde hacía años era eso lo que había decidido ser. Nunca había dudado de eso, incluso cuando las noches se hacían largas estudiando innumerables libros sobre biología, química, anatomía… incluso cuando acababa desvelado tras tanto estudiar, incluso tras verse en la situación de no poder mantener una relación estable por no tener tiempo para dedicárselo a otra persona. No había tenido dudas.

A veces parecía un poco obsesivo, quizás descuidado o incluso egoísta al verse en retrospectiva, a veces él mismo se lo preguntaba. Incluso aunque Tico, su mejor amigo, y Alicia, su anterior pareja, no le habían reprochado en ningún momento por su manera de ser, aunque si hubo alguno que otro llamado de atención, llegaba siempre a preguntarse si esa manera de actuar, de avocarse tan puntillosamente a un solo objetivo que lo alejaba de los demás, no sería acaso una insana tendencia más que una simple característica de su personalidad.

Él era el primero en admitir que era una persona solitaria. Incluso tras rodearse de un círculo de amigos, más bien muy pequeño, eso no había menguado nada y más bien sentía que la reafirmaba. Simplemente era como si él eligiera muy celosamente sus relaciones, que tenían que cumplir ciertos requisitos y que debían ser esas personas específicas para sentirse seguro. Él decía que estaba cómodo en su soledad, pero en el fondo sabía que estaba mintiendo, a veces extrañaba estar en Mérida: extrañaba a sus padres, a sus familiares, a los vecinos; a todas esas personas que sabía que estaban allí, que en su momento ignoró pero que

las echaba en falta ahora que estaba en la capital.

Tal vez era ahora que se hacía realmente consciente de su soledad…

Se levantó del asiento y volvió a estirarse. ¨Sólo un poco más y terminará el turno¨ se dijo mentalmente mientras salía del cuarto de descanso. Justo en ese momento una enfermera se estaba acercando a toda velocidad hacia él, su rostro tenía una expresión muy evidente de urgencia. Víctor se preparó mentalmente para que le comunicaran una emergencia.

-Víctor, están trayendo a una mujer agredida con objeto punzante. Estado crítico – le avisó resumiendo rápidamente la situación, haciéndole un gesto para que viniera corriendo.

Aquello era otra historia, parecía que tenían algo mucho más grave entre manos de lo que llevaba viendo hasta el momento.

-Hay que preparar una cama y tener a punto el equipo ¿Está libre Barreto? – Preguntó Víctor mientras andaba en pos de la enfermera.

-Yo creo que está con otro paciente, pero no es grave

-Yo le aviso de la emergencia. Tú ocúpate de preparar todo para recibir a la paciente.

Y así lo hicieron, efectivamente Barreto se estaba ocupando de un caso no prioritario y tan pronto supo de la emergencia llamó a otro pasante para que se ocupara. Prepararon una cama y buscaron el equipo necesario que en ese momento disponían: solución salina, desfibriladores, medidores de presión y de actividad cardíaca... De paso el doctor Barreto había llamado al quirófano por si en algún momento les resultaba necesario, y que fueran reservándolo para cuando llegara la paciente.

Víctor trataba de estar tranquilo y alerta, aunque no era fácil. Por un lado estaba cansado por el largo turno que le había tocado y por el otro iba a ser algo con lo que no se había enfrentado, aunque ya había atendido varias heridas y traumas, justamente en esa parte de la medicina es que había enfocado su carrera, pocas veces se enfrentaba a un ataque con armas punzantes, eso ya simplemente era otro nivel y casi siempre era una situación crítica. Y por si fuera poco no sabía en qué estado vendría la paciente.

Pronto lo comprobó. Los camilleros entraron por la puerta de acceso empujando la camilla, sobre ella estaba la paciente. Víctor corrió a recibirla y el doctor Barreto le seguía de cerca. La persona sobre la camilla era una muchacha no mayor de veinte, a lo mucho, que iba vestida con una sudadera con capucha de color verde sucio y unos jeans gastados,

sus zapatos eran una zapatillas blancas manchadas de marrón por la tierra. Sus manos, de un blanco cadavérico, se sujetaban sobre un vientre oscuro por la gran cantidad de sangre, sujetaba una toalla que se suponía debía ser blanca, pero que ahora estaba teñida en rojo escarlata.

-¿Qué tenemos? – Preguntó el doctor mientras tomaba el estetoscopio que colgaba de su cuello como un collar.

-Mujer adulta, desconocida. Herida punzante en el tórax. Signos vitales débiles. Condición crítica – le resumió atropelladamente uno de los camilleros – la encontraron unos viandantes, ahora mismo están llamando a la policía.

-¿Alguna idea de cómo la atacaron? – Preguntó Víctor mientras ayudaba a empujar la camilla a lo largo del pasillo.

-No pregunté mucho, pero por lo que me contaron estaba dentro de un vagón. La vieron cuando iban a abordar – contestó el camillero.

-¿Cuánto lleva así? – Preguntó esta vez el doctor Barreto.

-Quizás un par de horas, pero puede ser más – afirmó el camillero.

Víctor se inclinó sobre el rostro de la chica, el doctor estaba abriendo la cremallera de la sudadera y luego desabotonando rápidamente su camisa, presumiblemente blanca, para poner el estetoscopio sobre su seno izquierdo.

-Oye escúchame, él es el doctor Samuel Barreto y yo… soy el doctor Víctor Bautista – dudó antes de completar la frase y miró al doctor, el cual apenas le dirigió la vista antes de concentrarse en los latidos de la paciente – vamos a ayudarte ¿Tú cómo te llamas?

La muchacha fijó su mirada asustada en él, respirando débilmente mientras lo veía a los ojos, en ese momento Víctor pudo darse cuenta del verdadero terror que ella estaba sintiendo ahora.

-Cristina… - articuló ella, lenta y débilmente, como si cada sílaba le costara demasiado aire que no quisiera perder.

-De acuerdo, Cristina. Vamos a salvarte ¿De acuerdo? Tú aférrate todo lo que puedas – le dijo Víctor tratando de reconfortarla, mientras tomaba su mano y casi susurraba frente a su rostro.

Sentía que le estaba mintiendo. No estaba seguro de que la podrían salvar, no creía que ella fuera a recuperarse… él incluso había tenido el tupé de decirle que era doctor cuando apenas era pasante, sólo para calmarla. Él sentía que le mentía, pero al mismo tiempo tenía la irreal

esperanza de que no fuera mentira. Ella lo que hizo fue que se enjuagó los labios y volvió a hablar con su lentitud agónica.

-Ayúdame… - imploraba con su voz cada vez más moribunda.

-Te ayudaré, te lo prometo – le dijo él, tratando de sonreír.

Y en ese momento los ojos de ella se cerraron, su mano se aflojó. Víctor miró hacia el doctor Barreto, quien abría ampliamente los ojos y miraba hacia él. Su expresión era algo que no había visto antes en todo lo que llevaba conociéndolo. La expresión seria, estoica y siempre descontenta del doctor había desaparecido. Lo suyo era algo que iba más allá de la mera preocupación, era el auténtico miedo, la auténtica desesperación de una situación que se le salía de las manos. Antes que el doctor hablase, ya Víctor sabía que la cosa iba mal.

-Su corazón se detuvo – dijo mientras sacaba el estetoscopio y hacía un gesto - ¡Coño, rápido! ¡Que se nos está muriendo!

Los camilleros apuraron el paso y llevaron a la chica inerte a la cama. Allí reintentaron varias veces sin éxito reanimarla, primero con compresiones cardiopulmonares: no funcionó; abrieron la camisa de la chica, dejando su torso semidesnudo, para aplicarle invasivas descargas con el desfibrilador: tampoco funcionó. Intentaron inyectarle agresivas inyecciones de epinefrina a sus venas cada vez más oscuras, para luego atacar su torso con descargas eléctricas: Nada.

Los médicos y los enfermeros intentaron todo lo que estuvo en sus manos, pero Víctor ya sabía que todo eso era inútil. La chica no iba a volver a despertarse. La habían perdido justo frente a sus narices. No tardaron mucho en dejar de intentar y tras mirarse los unos a los otros, con pesar y tristeza impreso en sus ojos, le dieron hora a la muerte de la paciente.

Víctor recostó la espalda en una pared y se dejó caer hasta quedar sentado sobre sus tobillos, antes de ocultar su rostro entre las manos. La había perdido, él le había mentido y ahora la había perdido. No la había podido salvar, no la había podido ayudar. Había fallado.

# Capítulo 6

**Capítulo 5**

**12 de febrero de 2016. Caracas**

**Estación Ciudad Universitaria, Parroquia San Pedro. 02:10 a. m.**

Si existe un hombre al que le pueden alegrar el día y amargarle el siguiente, con apenas horas de diferencia, y antes siquiera que despunte el alba, de seguro correría la misma suerte que Juan Gabriel Silva ahora. Lo peor es que el gusto y el disgusto fueron por teléfono.

Primero había recibido una llamada de su madre desde Carúpano, en donde vivían también la tía y la abuela de Juan. Las llamadas de su madre siempre lo ponían de buen humor. Lo alegraban bastante, aunque sólo fuera para ponerse al corriente y contarse qué tal iba todo. Habían concluido la llamada acordando que él la iría a visitar a Carúpano en cuanto se viese más libre de trabajo, por lo que se había ido a la cama con una sonrisa, pensando que iba a dormir a pierna suelta.

Una llamada a las dos de la mañana le frustró aquella ilusión y encima le había arruinado la felicidad del día que apenas iniciaba. Juan Gabriel Silva era Inspector de la Comisión de Homicidios del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas (CICPC) y ahora, siendo apenas las dos de la madrugada, el deber le exigía que se pusiera en pie. Tenían un caso en otra parte de Caracas.

Por lo que tuvo que levantarse de la cama aún somnoliento, vestirse y arreglarse como pudo mientras preparaba un poco de café, apurar una taza y salir de su casa en Coche para enrumbarse a la escena a bordo de un carro ya hace tiempo desfasado. El vehículo personal del inspector Silva era un Lincoln Continental del 62, literalmente más viejo que él, y que, como todo anciano, a veces tenía achaques que retrasaban o impacientaban a su dueño. El motor, que rugía áspero bajo el capó como una bestia hambrienta, a veces se apagaba y tardaba en encender; la suspensión había sido reparada por el riesgo a fallar; una vez incluso los tubos de escape se habían roto, convirtiendo el interior del carro en un ahumadero…

Muchos colegas, amigos y conocidos no se contenían a preguntar cómo esa carcacha casi sexagenaria no había muerto aún; él también se lo preguntaba la mayoría del tiempo. Pero la verdad era que, a pesar de sus achaques, aquel auto viejo era tan fiel que seguía estando vivo, y Silva era lo bastante apegado (y lo bastante terco, quizás) como para querer

cambiarlo.

Condujo hasta ver finalmente la entrada de la estación Ciudad Universitaria del Metro, la cual ya estaba sellada con una cinta de color amarillo chillón que advertía que no se acercaran. Aparcó el carro en la acera del frente, apagó el rugiente motor y se apeó del vehículo para encaminarse hacia el cerco policial.

Silva era un hombre alto, con la piel oscura como chocolate negro, calvo y con la cara recién afeitada. Su cuerpo era musculoso (lo que se notaba bajo su traje de dos piezas: de chaqueta, pantalones y zapatos negros, el cual adolecía de corbata, ya que al inspector no le gustaba llevarla) y sus hombros estaban casi perfectamente alineados. Su placa del CICPC le colgaba por medio de una cadena del cuello.

Frente a la cinta había un oficial de la Policía Nacional Bolivariana, quien se encargó de levantarla para que el inspector pasase debajo. Éste comenzó a bajar rápidamente los peldaños y de allí siguió hasta la zona del andén. Un vagón del Metro de color gris metálico y rojo, en apariencia moderno, estaba detenido, con sus puertas abiertas de par en par. Los técnicos forenses estaban desperdigados en el andén y dentro del vagón procesando la escena.

Y en medio del andén se encontraba un hombre joven, en sus veintes todavía, vestido con una cazadora marrón, jeans azules y zapatillas deportivas negras con líneas blancas a los costados. El joven giró sobre sus talones, de su pecho también pendía su placa del CICPC como un collar. Inmediatamente se acercó y fue al encuentro del inspector.

-Epa, jefe – dijo el joven detective una vez estuvo cerca – Perdone que se lo diga, pero tiene cara de trasnocho.

El inspector suspiró al escucharlo. Ernesto Landaeta, el joven que ahora lo recibía, era Detective de la Comisión de Homicidios del CICPC y por tanto subalterno de Silva. Éste último lo tenía en gran estima, era un personaje entusiasta e inteligente, tenía un talento natural para llevar a cabo una investigación. También tenía un talento único e incómodo para decir las cosas más evidentes como si los demás no la supieran. No todo podía ser perfecto.

-Ernestico, hazme el favor: ¡Deja la vaina, chico! –Respondió Silva mientras se pasaba la mano por la cara, estrujándose los párpados - ¿Qué tenemos acá?

Landaeta, lejos de ofenderse, le dedicó una sonrisa divertida, haciendo un gesto al Inspector para que le acompañase. Se pasó la mano por el cabello, estrictamente peinado hacia atrás, y con la otra rebuscaba su bolsillo hasta sacar una libreta negra. La abrió por la mitad y comenzó a

explicarle al inspector.

-Agresión con arma blanca – comenzó diciendo Landaeta – allí entre la 1:30 a.m. y la 1:50 a.m. un vigilante del Metro, en la estación los Símbolos, llamó al 171 primero y a la comisaría del CICPC después. En ambas afirmó que una mujer herida había abordado un vagón que venía hacia acá – hizo un gesto amplio, señalando la estación – Un grupo de Bomberos Universitarios andaba muy cerca y esperó a la víctima, a quien encontraron agonizante dentro del vagón. A la 1:35 a.m. se la llevaron corriendo para El Clínico. Ale está esperando a que la vuelvan a llamar desde el hospital.

Señaló hacia el otro extremo de la estación. Alejandra Guevara, detective de la Comisión de Homicidios, se encontraba interrogando a dos operarios del Metro de aspecto nervioso. "Si ella se pone ruda con ellos, esos dos estarán como palo de gallinero" pensó Silva mientras acortaba, acompañado de Landaeta, la distancia a la puerta del vagón. Antes de entrar, los técnicos le dieron a cada uno un par de guantes y de protectores azules para los zapatos, para no contaminar las pruebas.

Dentro del vagón había un hombre acuclillado al lado de un charco de sangre, quien señalaba con gestos a los fotógrafos forenses, así como a los demás técnicos. Silva reconoció a ese hombre rollizo, blanco y con la cabeza tan calva como una bola blanca de billar, la cual no estaba cubierta con la capucha del traje protector. Antonio Méndez, el técnico forense a cargo, levantó su cabeza, perfectamente redonda y reluciente, distanciándola de la sangre en el suelo para mirar a Silva. Sus labios se curvaron en una sonrisa simpática, no carente de inteligencia.

-¿Qué pasó, Silva? Pareces trasnochado – "¡Otro más!" pensó Silva al escuchar a Méndez.

-Y tú pareces andar muy observador hoy – comentó con sarcasmo el inspector – ¿Has visto algo interesante para nosotros?

-Pues lo primero es que será difícil conseguir pruebas aquí – Méndez tomó un vaso de yogurt que estaba cerca del charco de sangre, bajo un asiento – En verdad esta escena no es muy limpia. Prácticamente por acá ha pasado casi toda Caracas.

Silva observó en derredor. En varios de los rincones podía encontrarse toda clase de basura desperdigada: servilletas usadas y después estrujadas, vasos de plástico, envoltorios de caramelos o golosinas… el forense tenía mucha razón al decir que la escena no era muy limpia, en más de un sentido.

-¿Hay algo más que puedas contarme al respecto? – Preguntó Silva,

volviendo la vista a Méndez.

El forense se levantó del suelo. Se podría pensar que para quedar a la misma altura del inspector, pero como medía apenas un metro sesenta y siete eso le resultaba sencillamente imposible.

-Lo que puedo decirles, con casi toda seguridad, es que no fue aquí el ataque - primero señaló el charco de sangre en el suelo y luego dio vueltas con el dedo índice frente al rostro para señalar los alrededores – aunque eso sólo lo puede confirmar la autopsia, pero estoy seguro de que la víctima estaba herida antes de entrar aquí.

-¿En qué te basas para decirlo? – Preguntó Landaeta, mirando la sangre y luego los alrededores, tratando de ver lo que veía Méndez.

-Para comenzar, fíjense en los guardamanos, y luego en el tubo de soporte – dijo señalando hacia arriba y luego hacia el tubo. Ambos tenían rastros de sangre difusos, el tubo de cromo tenía unos rastros escarlatas a lo largo en forma de cascada que llegaban hasta casi tocar el suelo – yo digo que la víctima entra y se intenta sostener del guardamanos, luego del tubo. Pero ella ha perdido muchísima sangre y está muy débil, por lo que al intentar sostenerse no puede y se cae, quedándose en el suelo sangrando. El viaje en Metro, de una a otra estación, dura pocos minutos, y de Los Símbolos para acá no hay mucha distancia ¿Cómo pudo perder tanta sangre en tan poco tiempo?

-¿Y no se te ocurrió que, al ver que la hirieron, le dio un yeyo? – Inquirió Landaeta – digo: ella sube, el atacante viene y la apuñala, ella se sujeta al guardamano y se ve la herida, siente que se desmaya, se intenta sujetar al tubo pero se cae al suelo. Para mí, eso tiene sentido.

Méndez negó con el índice.

-Justamente se me ocurrió eso, pero no lo creo – El forense señaló hacia el charco en el suelo, que no era tan grande – el volumen de sangre no concuerda, si la hubieran atacado justo en este lugar habrían salpicaduras de sangre cerca del cuerpo, pero no fue así. Puedo estimar, por el tamaño del charco, que ella había perdido mucha sangre antes de entrar al vagón.

-Podría ser que la herida la hiciera sangrar más de la cuenta, aunque dependería del alcance – comentó el detective Landaeta.

-Como dije, esa es mi teoría. Y me apego a ella – dijo Méndez alzándose de hombros – Aunque habría que esperar la autopsia, pero el principal problema es el volumen de sangre y la falta de otras salpicaduras que

sugieran una transmisión secundaria.

Silva observó el charco y frunció el ceño.

-Incluso si fuera cierto lo que dice Ernesto, eso no explica por qué no hay más rastros de sangre – observó el inspector.

-Según me contaron fue una sola herida, no se ensañó con ella ¿Un ataque relámpago? – Quiso acotar el detective.

Silva cerró los ojos y asintió, pero después negó con la cabeza antes de abrir de nuevo los ojos.

-No me convence eso, la verdad – dijo por fin en voz baja.

-Ni a mí tampoco, Silva – afirmó Méndez mientras daba otro vistazo en derredor, antes de enfocarse en el inspector - Por cierto, me adelanto a decirte que no hemos hallado ningún arma u objeto que pudiera servir para el ataque. Aunque también te advierto que probablemente tengamos más de una escena del crimen, si mi teoría resulta correcta.

-Llamaré a ver si ya cercaron la otra estación, la de Los Símbolos – Landaeta salió del vagón, sacando su teléfono y marcando un número en él.

-Muy bien, Méndez. En cuanto termines acá tendrás que ir hasta allá también. Vas a tener mucho trabajo esta noche – advirtió el inspector.

-De mí no te preocupes – dijo Méndez restándole importancia – es justamente para eso que trabajo.

-Te dejo entonces – dijo Silva ya dispuesto a irse, pero antes agregó – por cierto, otra cosa. Súbete la capucha, que si te ve el comisario te va a armar un peo, y con razón.

Y salió del vagón. Méndez se palpó su calva cabeza y con un gesto apresurado se subió la capucha…

**Hospital Universitario de Caracas, Ciudad Universitaria de Caracas. 02:10 a. m.**

Víctor no quiso salir de la habitación. Varios intentaron hacer que saliese. Le susurraron e intentaron llevarlo fuera, pues sabían que ya no había nada que hacer, que tendrían que notificarle a la policía cuanto antes

sobre la tragedia. Todos lo sabían y él también. Pero a pesar de saberlo se negó en rotundo a abandonar la habitación, quedándose sentado como estaba sobre los tobillos, con el rostro oculto entre los brazos.

-Víctor, ya está bien. Hiciste lo mejor que pudiste – le decía la enfermera que le había avisado del incidente – Tienes que salir de aquí, no te hará ningún bien quedarte.

Él no dijo nada. Apenas levantó el rostro para menear de manera incierta la cabeza de forma negativa, antes de volver a ocultar el rostro entre los brazos, como un niño castigado lanzado a un rincón.

-¿Doctor Barreto…? – La enfermera miró por encima del hombro, el doctor estaba frente a la entrada de la habitación. La joven lo miraba indecisa por la situación, indecisa y claramente preocupada.

-Déjalo – dijo el doctor haciéndole un gesto – Ése va a salir solo.

La muchacha observó de nuevo a Víctor, le dio unas palmadas en la rodilla y se levantó, yéndose junto al doctor. La habitación se quedó en soledad, allí solo estaba el cadáver de una chica y un intento de médico acongojado.

Él no levantó la vista hasta que el doctor y la enfermera llevaban más de un minuto de haber salido, tras lo cual miró hacia la puerta, prestando luego atención con el oído. Fue tras un momento que pudo confirmar que estaba solo. Finalmente se incorporó con el mayor sigilo. Algo no le cerraba, desde que vio entrar a la muchacha notó que algo no cerraba. Sabía que dentro de poco vendrían a llevarse el cuerpo, por lo que, mientras realizaban el papeleo tras confirmar la muerte, tuvo tiempo para percatarse de qué no cuadraba.

Se acercó hacia el cadáver y lo observó mejor, de forma más detallada que cuando la vio entrar. La piel estaba pálida, sus muñecas y sus tobillos estaban surcados de una maraña de venas oscuras, las cuáles parecían cables eléctricos fundidos a través de una pantalla blanca. Le habían cerrado los ojos, lo que le confería un aspecto tan sereno, parecía casi como si estuviera durmiendo plácidamente y que al menor movimiento podría despertarse. El cabello, de un rubio claro, era muy corto, demasiado, como si se lo hubieran cortado recién. El corte era encima irregular, era más una trasquilada de novato que un corte de profesional. Él levantó uno de los párpados, dentro lo observó un acuoso ojo cuya iris tenía un color gris metálico que tiraba al azul.

Le cerró el párpado y observó el rostro, delineado de una forma grácil y suave, de forma perfecta, como si fuera de un material frágil que pudiera romperse ante el más descuidado roce. Tras ello observó el conjunto. Ella tenía un cuerpo delgado, pero de bonitas proporciones. El torso estaba

casi por completo descubierto, exceptuando el sencillo sujetador que le cubría los senos, la camisa había sido abierta a la fuerza para aplicar el desfibrilador, siendo ésta y la sudadera la que cubrían sus brazos. Un boquete carmesí en el vientre, la herida que la había matado, rompía con la bella armonía del cuerpo tendido. Víctor tuvo ganas de tapar la herida para no verla, pero se dio cuenta de que, además de innecesario, delataría que estuvo hurgando el cuerpo.

Él se fijó en la ropa: Una sudadera con capucha verde, deshilachada en varias partes y con el color manchado de marrón. Una camisa de color gris pálido, que había perdido el brillo hacía demasiado y que había demostrado ser muy frágil como prenda. Jeans descoloridos de una talla más grande que la de ella. Un par de zapatos de las que asomaba un color blanco deslucido sobre unos enormes manchones de color marrón tierra. Víctor volvió la vista hacia el rostro de la chica.

"Un aspecto tan delicado ¿Y tú vistes con estos harapos?" Pensó. Tuvo una idea y le levantó suavemente el labio superior. La chica muerta abrió la boca como si esperara una medicina que tenía que tomar. Víctor pudo ver un grupo de dientes blancos, aunque comenzaban a mostrar señales de sarro, lo que indicaba que no se los había cepillado en un buen tiempo, pero sin embargo los dientes no mostraban señal de estar dañados. Aunque él no era dentista (sólo sabía un poco a través de su padre, quien sí lo era) y mucho menos era forense, sabía lo suficiente para intuir que algo no terminaba de encajar.

Volvió a cerrar cuidadosamente la boca a la chica, luego dirigió su vista hacia sus manos. Levantó la mano izquierda y le subió la manga. Comenzó a palpar los dedos en busca de torceduras o de alguna fractura. Nada. Le revisó la muñeca. Nada. Le vio las uñas, aunque se veían un poco sucias, no vio ninguna uña rota y, al igual que los dientes, no parecían víctimas de un descuido prolongado. Bajó la mano a su sitio y le bajó la manga, iba a rodear la cama para repetir la operación con la otra mano.

Un ruido afuera le hizo quedar en silencio, completamente alerta de lo que estuviera pasando en el exterior. Escuchó unas voces que venían del pasillo, por un momento pensó que lo mejor sería desistir y dejar el cadáver allí donde estaba. Sin embargo las voces comienzan a alejarse del pasillo hasta que finalmente dejaron de escucharse. Otra vez hubo silencio, estaba solo.

Sin perder tiempo rodeó la mesa, tomó la otra mano entre las suyas y le subió la manga. Tampoco tenía fracturas o torceduras en los dedos, y al revisar las uñas vio lo mismo que las anteriores, sucias aunque no tan descuidadas, aunque éstas tenían algo. Dos de las uñas, la del dedo corazón y la del índice, tenían daño, la primera estaba fracturada y la segunda estaba rota casi por la mitad, de un costado se veía un hilo de

sangre.

Víctor volvió a ver el rostro de la chica. “No eres una callejera ¿Verdad?” Le preguntó en silencio. Ya se preparaba para revisarle la muñeca. Fue entonces cuando vio que tenía algo atado a ella, un objeto tejido con hebras rojas entrelazadas entre sí. Una pulsera, una sencilla pulsera de aspecto artesanal “¿Qué haces tú con esto? ¿Qué significa?” Volvió a preguntarle en el silencio de sus pensamientos. Sin perder el tiempo desató el nudo que ataba la pulsera a la muñeca, librando al cadáver de ella. La examinó un momento antes de guardarla en el bolsillo.

Volvió a tomarle la mano y le revisó la muñeca. Allí también había algo, notó los huesos de debajo de la piel extraños, los palpó mejor y se dio cuenta de que parecía que estaban torcidos o los hubieran reordenado. Se preguntó si era una torcedura, comenzó a girar la muñeca sobre la mano, los huesos crujieron pero aparte de eso la muñeca colaboró en la prueba de Víctor. Eso descartaba la torcedura y dejaba una explicación.

“Alguien te hizo daño ¿Verdad? Alguien te partió la muñeca y no se curó bien ¿No?” Le subió la manga de nuevo y dejó la mano donde estaba originalmente. Ya entonces fue que se encaminó hacia la puerta para salir de la habitación, aunque se detuvo antes de salir para dar un último vistazo al cadáver. A una chica muerta que parecía dormir plácidamente, aunque tenía el pecho al descubierto, aunque tenía un feo boquete en el vientre… aunque ella nunca fuera a despertar ni ahora ni nunca.

“No te preocupes, Cristina. Te ayudaré. Sé que llego tarde, pero te ayudaré” le dijo sin hablar, en completo silencio, y luego salió de la habitación. Ahora sabía que era lo que no le cerraba.

# Capítulo 7

**Capítulo 6**

**12 de Febrero de 2016. Caracas**

**Estación Los Símbolos, Parroquia San Pedro. 02:30 a. m.**

Silva y Landaeta iban a bordo de un Toyota, de modelo más o menos reciente, de color blanco, el cual pertenecía al segundo. Aunque al inspector no le gustaba ir ahí (estar en un auto moderno le resultaba, de alguna manera, incómodo) debió ceder  ante Landaeta, quien se mostró completamente renuente a ir en el viejo Lincoln Continental de su superior, ya que la única vez que habían compartido asiento el viejo cacharro se convirtió en un ahumadero en el que casi se ahogaron los dos.

En un intento de amenizar el recorrido, el cual habían hecho hasta el momento en silencio, Landaeta había colocado algo de música: Andrés Calamaro, con su voz agradablemente rasposa y su marcado acento argentino, llenaba el silencio que los dos policías no habían roto aún. Aunque Silva era de los que solía tener de qué hablar, no lo hacía si estaba concentrado en un caso o si estaba trasnochado: en este caso eran las dos situaciones.

No parecía un caso sencillo. Por lo que le había dicho Méndez, podría haber más de una escena del crimen. Aquello ya de por si complicaba el caso, más aún si se suponía que ella entró herida ¿La habían atacado en la estación? ¿O en la entrada? Si fue así ¿Cómo es que el vigilante no había visto nada? ¿Por qué no lo mencionó en su llamada al CICPC? Ese era el problema: Ya desde el principio hubo cosas que no encajaban.

-Ya me avisaron desde Los Símbolos – le dijo Landaeta más temprano antes de partir – La estación fue cerrada. Ya Salinas está procesando la escena.

El inspector exhaló pesadamente al escucharlo. Poner a Méndez y a Salinas juntos era, casi literalmente, como tener a un globo de un lado y a un cactus del otro. Salinas era un sujeto arrogante y tan ácido como un limón, quien se esforzaba en hacer ver a los demás que él sí sabía lo que tenía que hacer, en comparación con la banda de ¨mentecatos¨ con los que solía trabajar.

"¿Por qué no me dices güevón de una vez? En lugar de venir con eufemismos" se le ocurrió a Silva decirle una vez. Más vale que no. Se enfrascaron en una pelea ridícula por más de media hora delante de varios de sus colegas y lo único que hicieron fue alimentar una creciente

animosidad mutua. Lo cierto es que, aunque a ninguno de los dos les gustase, ambos hacían su trabajo, ambos no podían ser echados y ambos se tendrían que soportar por muy largo tiempo.

Tras arribar a la entrada de la estación, Landaeta aparcó el auto en la acera de enfrente. Ambos policías se apearon del vehículo y cruzaron la calle, vacía totalmente de vehículos al ser de madrugada, para llegar a la entrada guarnecida por una cinta amarilla. En este caso no había ningún uniformado que les levantase la cinta, por lo que Landaeta tuvo que pasar por debajo y levantarle la cinta a Silva.

No habían terminado de entrar cuando sonó el celular de Landaeta. Mientras ambos bajaban éste atendía, Silva volteaba cada tanto para ver como el rostro de su colega comenzaba a nublarse mientras hablaba a través del aparato. Ya el inspector veía venir una mala noticia antes de que el joven cerrase la llamada.

-Era Ale, con malas noticias. La llamaron del Clínico para decirle que la víctima murió – dijo el detective. Silva masculló una grosería al oírlo – ya ella se está dirigiendo hacia allá, para hablar con los Bomberos Universitarios y con quiénes la recibieron.

-Llama a la Central y diles que preparen un traslado hasta la Morgue – ordenó Silva – y avisa a la patóloga para que reciba al cuerpo. Ya sé que no son horas, pero quiero que todo eso esté listo para hoy.

-Si señor – dijo Landaeta antes de marcar otro número en su celular.

"¡Ahora sí que la hicimos!" Pensó el inspector. Primero tenían un caso que a todas luces parecía enredado, ahora tenían un caso de homicidio que a todas luces parecía enredado. En su mente, aún embotada por el sueño, trataba de pensar qué carrizo era lo que acababa de pasar y qué explicación podía haber. Lo único que se sabía con certeza era que había una persona apuñalada que ahora yacía muerta en una cama de hospital del Clínico (si es que no la habían trasladado aún a la morgue del mismo hospital). Una persona que fue encontrada en un sitio pero que de seguro la habían atacado en otro.

Pero ¿Quién era? ¿Dónde la atacaron? ¿Quién había sido? ¿Dónde estaba el arma? Entre las innumerables preguntas flotantes destacaba una: ¿Por qué había abordado el vagón? Incluso si la habían apuñalado en la estación o si entró en ella herida ¿Por qué no pidió ayuda inmediatamente? ¿Qué pudo impedir que una persona no hiciera el simple acto de pedir socorro a la primera persona que encontró? Eso era lo que no encajaba y lo que más intrigaba a Silva.

Los dos policías se cruzaron con un grupo de técnicos forenses que revisaba la taquilla, quiénes les indicaron que Salinas se encontraba en la

planta de abajo. Dentro de una casilla del Metro había una muchacha atractiva, vestida con su uniforme de trabajadora del Metro, que miraba hacia los técnicos y luego sobre el hombro con preocupación, casi con miedo.

-Es la muchacha de la taquilla – afirmó Landaeta – llamó por radio a los operadores de la unidad del Metro en uso y les avisó que había una persona herida dentro.

-Ve y tómale declaración. Yo bajaré a ver cómo va Salinas – Silva ya estaba por ir hacia las escaleras, más se detuvo y agregó – por cierto ¿Cómo es que se llama el vigilante?

Landaeta sacó su libreta y pasó varias páginas hasta que finalmente señaló una con el dedo, levantando la vista hacia el inspector.

-Montoya, Jorge Montoya – respondió.

-¿Y dónde está ahora? – Silva dedicó una mirada a los alrededores.

-Ahorita mismo debe estar en la planta de abajo. Pregunté de paso si todavía estaba en la estación, ya que supuse que usted querría hablar con él, y por lo que me dijeron sigue acá.

-Hiciste bien. Justamente quiero hablar con él.

Silva bajó las escaleras hasta la planta del andén, donde se encontró con otro grupo de técnicos que procesaban la escena. Casi no reconoció, entre los trajes blancos de los técnicos forenses, al dichoso jefe técnico de turno. Fue mientras le daban los guantes y los protectores que pudo reparar en alguien, un tipo con la cara surcada de tantas arrugas que parecía que se hubiera impreso un plano del Distribuidor Altamira en ella. Tras sus lentes de marco cuadrado se notaba una mirada desdeñosa mientras observaba unas manchas de sangre. Silva se preparó mentalmente para lo que fuera que el técnico le fuera a decir una vez estuviera frente a él.

-¡Vaya! ¿Hasta que finalmente apareces? – le espetó Salinas tan pronto el inspector estuvo frente a él. “No. Aún sigo en la autopista, gafo” le provocó decir a Silva, pero se contuvo a duras penas.

-Créeme que yo también me alegro mucho de verte, Ignacio – una cortesía falsa que demostraba un enorme sarcasmo, el cual recibió el forense con indiferencia antes de incorporarse.

-Ahora que te veo, debo decirte una cosa – Ignacio Salinas se cruzó de

brazos.

-¿Qué cosa? ¿Qué parezco trasnochado? Porque ya serías el tercero en decírmelo – "gran trabajo reconciliándote con él, Silva" se reprimió mentalmente el inspector.

El rostro arrugado se arrugó aún más en una mueca de enfado. Era claro que las gracias de Silva le causaban de todo menos risa.

-No – respondió seco, luego agregó – Que hay un rastro de sangre que va desde la entrada y discurre pasando por la taquilla hasta llegar hasta aquí. Eso indica que tu víctima entró herida en la estación y de ahí al vagón.

-Eso confirma lo que me dijo Méndez en la otra estación – dijo Silva en voz alta mientras se llevaba la mano al mentón, más sólo lo hizo para ver a Salinas fruncir el ceño contrariado.

-Básicamente – confirmó seco el forense, dándole la razón a regañadientes – no hay mucho más que contar, porque no hay mucho que registrar aquí.

-No tan rápido, Salinas – le avisó Silva, refiriéndose esta vez por el apellido y no por el nombre de pila – necesitaré que sigan el rastro de sangre más allá de la entrada. Eso tal vez nos lleve a la propia escena del crimen.

-Sí, sí. No necesito que me vengas a decir cómo debo hacer mi trabajo – dijo desdeñoso el forense con un gesto de mano, antes de acuclillarse junto a la sangre.

-No te digo cómo hacerlo, sólo te lo recuerdo - el inspector se giró y comenzó a alejarse - ¡Chao! – Se despidió con sequedad

Aunque si existía un rastro que iba más allá de la estación sin dudas respondería la pregunta de por qué el vigilante no había visto el ataque, aunque eso sólo se confirmaría en el interrogatorio. Aparte que tendría que saber cómo ella había entrado al vagón herida sin que antes hubiesen reparado en ella.

Al fondo del andén había un hombre sentado en un banco, con la cabeza caída, la cual se sobaba con su mano. Vestía con el uniforme propio de los trabajadores del Metro de Caracas y tenía un aire tensamente alicaído. Silva entregó los protectores y los guantes a otro técnico, antes de dirigirse al vigilante sentado en el banco.

**Hospital Universitario de Caracas, Ciudad Universitaria de Caracas. 02:30 a. m.**

La detective Alejandra Guevara no se entretuvo demasiado tan pronto llegar al Clínico. Sin mediar apenas palabra llegó a la sala de emergencia, se acercó a la recepción y mostró su placa (un gesto meramente ceremonial, tomando en cuenta que ésta le colgaba del cuello). La recepcionista se mostró tan colaboradora como pudo y le refirió el nombre del doctor Samuel Barreto, quién se encargaba del turno de noche y que había recibido a una persona herida de cuchillo que, lamentablemente, había fallecido al poco de ingresar.

Tras captar las señas para encontrarlo, Alejandra susurró un agradecimiento y se retiró sin más a donde le habían dicho.

El principal problema con todo funcionario de cualquier cuerpo de policía, incluso si va de paisano, es que muchas veces los ojos avispados dan cuenta de su presencia.

El problema con Alejandra Guevara era que, incluso de paisano, la notaba todo el mundo. Para empezar: era más alta que la media de las mujeres, una cabeza por encima; de contextura delgada y estilizada que guardaba bajo sus prendas, todas negras (jeans, camisa, cazadora, cinturón, botines); un rostro alargado y definido de perfil aguileño, bastante atractivo si no fuera por una fea cicatriz cerrada con sutura en el costado de la barbilla; maquillaje oscuro en los que destacaba su sombra de ojos oscurísima, que acentuaba la profundidad a una mirada ya de por si penetrante, y un pintalabios de color ciruela.

Sumas eso a la expresión seria de su rostro y su mirada que siempre parecía escrutar todo con un cuidado quirúrgico y obtienes una… dos imágenes mentales bien claras. La primera: "soy policía". La segunda: "no estoy para juegos, estoy trabajando". La detective avanzó por el pasillo y dobló en una esquina, el doctor de turno la vio acercarse y le salió al encuentro cuando ella le mostró su placa.

El tal Samuel Barreto era de la misma altura que ella, de piel blanca, con una mata de cabello castaño desordenada sobre la cabeza y con un tufo a cigarrillo en su aliento, que la detective percibió tan pronto lo tuvo enfrente, y se presentó estrechando su mano. El doctor mantenía una expresión tranquila y casi indiferente, aparentando que la situación lo tenía sin cuidado. Sin embargo Alejandra había notado, en varios ademanes nerviosos del médico, que tras su fachada de estoicismo había una genuina afectación. Aunque el hombre se mostraba colaborador y franco, la detective no pudo evitar cierta sequedad en sus maneras, como si el doctor quisiera acabar la cosa rápido ya que tenía otras cosas que

hacer.

Siguiendo las indicaciones del inspector Silva, la detective solicitó ser conducida hasta el cuerpo de la occisa, ante lo cual el doctor explicó que la acababan de llevar a la morgue, agregando que con gusto la llevaría para que viera el cuerpo. Mientras avanzaban por el pasillo hacia el ala sureste del hospital, donde se encontraba la morgue, Alejandra inició las preguntas de rutina: Sobre la hora de llegada de la víctima, quiénes la atendieron, si llevaba identificación y a qué hora falleció… fueron las primeras.

La hora de llegada se ubicaba a la una y cincuenta ante merídiem, dos minutos después de recibirla se confirmó la muerte. Se habían encargado, además del doctor Barreto, varios residentes que hacían turno esa noche, dos apellidos resaltaron en su relato: Martínez y Bautista. Al parecer la chica era totalmente desconocida, no cargaba encima cédula de identidad, ni teléfono o efectos personales que pudieran ayudar a saber quién era.

El doctor no dudó en aportar su opinión, ya que muchos afirmaban que tal vez era una drogadicta o una enferma mental, lo que explicaría la falta de efectos personales que ayudasen a dar una idea de dónde venía. Pero el doctor no se mostraba conforme con aquellas afirmaciones y no dudó en dejárselo saber a la detective, que anotaba toda la información que podía en su libreta. Ésta levantó la vista una vez escuchó la opinión del doctor.

-¿Por qué dice usted no estar de acuerdo con sus colegas? – Preguntó ella enarcando una ceja.

-Déjeme que le muestre el cuerpo y lo entenderá – respondió Barreto con su contenida sequedad – mire, ya llegamos al lugar.

Efectivamente ya estaban cruzando una puerta y el olor, rancio y nauseabundo, del formol abofeteó a Alejandra en las fosas nasales. La detective se tapó la nariz y la boca mientras el doctor la conducía hasta el depósito de cadáveres. Abrió la compuerta y deslizó el soporte hacia afuera, sobre el que una joven muerta, desnuda bajo una manta de un blanco pálido, dormía un sueño eterno.

La detective pudo notar lo que le dijo el doctor en el pasillo, una vez tuvo a la chica bajo sus ojos. El rostro de la chica, tan pálido como el vientre de un pescado, era de formas gráciles, descritas con una armonía tal que asemejaba una muñeca. El tono de piel del rostro se veía casi totalmente inmaculado salvo por unas sombras oscuras, ojeras claramente, que se alojaban debajo de los párpados. Alejandra observó al doctor Barreto por encima del cadáver.

Éste asintió al ver el rostro de la detective:

-Veo que usted también lo notó – dijo el galeno – no es algo que pueda afirmar al cien por ciento, pero me cuesta creer que ella fuese callejera, o al menos no desde hace tiempo.

Alejandra observó de nuevo el cadáver y volvió a asentir, antes de hacerle un gesto al doctor. La chica muerta volvió a su fría caverna, donde reposaba su sueño eterno, hasta que la volviesen a sacar, esta vez para trasladarla a la Morgue de Bello Monte donde le practicarían la autopsia. No había más que hacer allí, sólo comprobar que el cadáver estaba efectivamente en la morgue (eso y confirmar la opinión personal de Barreto), por lo que ambos volvieron a salir al pasillo.

Pero el trabajo de Alejandra no terminaba aún.

-¿Cómo se llamaban los residentes que usted mencionó? Los que recibieron a la muchacha junto a usted – preguntó ella mientras cruzaban el pasillo.

-Eugenio Martínez y Víctor Bautista – le respondió el doctor, sobándose los labios – Me imagino que querrá hablar con ellos.

-Efectivamente, doctor. Efectivamente.

**Estación Los Símbolos, Parroquia San Pedro. 02:35 a. m.**

-¿Es usted Jorge Montoya? – abordó Silva al hombre sentado en el banco.

-Si… sí, soy yo – confirmó el vigilante, levantando la vista para ver a los ojos al hombre grande que se le plantaba al lado.

-Soy el inspector Silva, de la División de Homicidios del CICPC. Necesito hacerle unas preguntas respecto a lo que vio – le dio un momento al testigo para que captara y procesara la presentación. Éste último asintió afirmativamente: había captado - ¿Le molesta si me siento junto a usted?

-No, para nada – Montoya le dio espacio al inspector en el asiento. Éste se sentó y sacó del bolsillo interior de la chaqueta su libreta. Las primeras preguntas fueron simplemente de rigor: nombre, lugar de residencia, lugar de trabajo y cuánto tiempo llevaba ejerciéndolo.

-¿Vio usted lo que pasó con la muchacha? ¿Presenció usted el ataque? –

Interrogó Silva seguidamente.

-No inspector. No vi que pasara ningún ataque… sólo, la vi entrar a la estación – respondió el vigilante, con la mirada puesta sobre los ojos del policía, aunque se sobaba la cabeza sin parar.

-Entonces la vio entrando herida ¿no?

-No… tanto así

-¿A qué se refiere? – El vigilante se mantuvo unos segundos en silencio - ¿Señor Montoya? – Insistió Silva.

-Pues verá… la vi entrar en la estación, pero… no me di cuenta que estaba herida hasta después que entró – el inspector enarcó una ceja al escucharle.

-¿Y eso? ¿Qué hacía usted? – Montoya volvió a pasarse la mano por el cabello, tomando aire profundamente. Finalmente respondió.

-Estaba bostezando inspector – Silva alzó las cejas. Montoya continuó – llevo dos noches de insomnio, inspector. No logro dormir más de una hora… dos a lo mucho. Entonces por eso… bueno, por eso no noté que ella estaba herida, hasta que… - no terminó la frase, aunque eso se podía intuir. El inspector miró con atención los ojos del vigilante. Los parpados inferiores estaban manchados de ojeras, prueba evidente de sus desvelos.

-¿Ha visto a alguien para sus problemas de sueño? – Preguntó Silva

-No, inspector – Montoya sacudió la cabeza.

-¿Por qué no?

-Porque no he tenido tiempo, además que apenas salgo de casa.

-¿Ha notado su familia que usted tiene insomnio? – Hubo un breve silencio. Montoya se pasó la mano por la cabeza antes de volver a hablar.

-Mi familia ya no vive conmigo. Mi esposa me dejó hace un mes y hace poco me dijo… que iba a quedarse con la custodia de mis hijos… - cuando habló, su voz sonó con gravedad y había bajado la cabeza, dirigiendo la vista hacia el suelo.

-¿Hace cuanto se lo dijeron?

-Hace dos días, inspector – Silva guardó silencio unos segundos.

-Señor Montoya, lamento su situación, de verdad. Yo le puedo entender – el inspector le dedicó unas palmadas en el hombro, antes de apoyar los brazos sobre los muslos – créame que no le juzgo por su falta de atención, ni lo considero culpable de su descuido (porque en realidad no lo es). Quédese tranquilo y explíqueme qué fue lo que pasó según lo que pudo ver ¿De acuerdo?

-Sí, inspector. Eso haré – asintió Montoya.

# Capítulo 8

**Capítulo 7**

**12 de Febrero de 2016. Caracas**

**Hospital Universitario de Caracas, Ciudad Universitaria de Caracas. 02:35 a. m.**

El primero a quién Alejandra interrogó fue al residente Martínez, un hombre blanco de aspecto nervioso que no paraba de jalarse la barbilla como si quisiera arrancársela de un tirón. La presencia de la detective tampoco ayudaba mucho a calmarse, ya era bastante intimidante hablar con un petejota, más aún era hablar con una petejota con pinta de bruja malvada devora-niños. Y si a eso sumabas la "atractiva" voz de Alejandra (estridente, aguda y levemente rasposa, que recordaba al canto de una urraca), daba más bien la impresión de ser una bruja malvada que devoraba hombres enteros.

La conversación no había aportado muchos datos nuevos, aunque éstos ayudarían después con el orden de los hechos una vez que la muchacha llegó al hospital. Había llegado en estado crítico al lugar, los médicos y enfermeros (todos pasantes, exceptuando a Barreto) la habían recibido al llegar, pero poco después la actividad cardíaca se había detenido e intentaron revivirla. El resultado… bueno ya Alejandra lo sabía: la muchacha fue declarada muerta poco después de ingresar en emergencia.

La segunda persona con la que tenía que hablar se encontraba en ese momento en la zona de descanso, recomponiéndose de la conmoción del momento. Barreto le había avisado que el muchacho pareció muy afectado por lo que había ocurrido y que habían decidido enviarlo a casa pronto, en cuanto la detective terminara de hablar con él.

La detective entró con cuidado a la habitación acompañada del doctor. El pasante, que se encontraba sentado en una silla plegable de plástico, levantó la vista hacia arriba. Mirando primero al doctor y luego a la detective directamente a los ojos. El joven era un muchacho delgado, de tez blanca, la parte inferior oscurecida por una barba incipiente y su largo cabello sujeto tras la nuca con una cola. Su bolso reposaba junto a la silla, apoyado en una de las patas. La mirada del muchacho, guardada tras dos gafas negras de montura cuadrada, era de preocupación, reflejaba cierta tristeza, tristeza… pero también un atisbo de curiosidad. Alejandra se aclaró la garganta antes de comenzar.

-¿Víctor Bautista? – Preguntó ella. El joven asintió – soy la detective Alejandra Guevara, de la División de Homicidios del CICPC. Necesito

hacerle unas cuantas preguntas sobre la muchacha muerta. Usted fue de los que la atendió ¿Cierto?

-Sí, así fue – respondió Víctor, su voz era baja y suave, como si temiera levantar mucho la voz.

Él dirigió su vista hacia el doctor Barreto, el cual asintió y comenzó a retroceder, cerrando la puerta mientras lo hacía.

-Vendré en un rato, para cuando terminen – se limitó a decir antes de que la puerta se cerrara. Unos pasos resonaron tras las paredes y se alejaron hasta finalmente perderse.

Alejandra tomó asiento en una silla plegable cercana a donde estaba sentado Víctor. El muchacho se pasó la mano por la frente y se restregó los párpados, suspirando largamente. La detective apoyó los brazos sobre las piernas, acercando el rostro al del muchacho.

-¿Te encuentras bien? – Le preguntó, suavizando su voz y haciendo que sonara casi dulce. Si bien apenas se conocían ellos dos, Alejandra decidió ser un poco informal con él, ya que se le notaba afectado y necesitaba ganarse su confianza para que hablara. Por lo general esa táctica funcionaba.

-Ha sido una noche larga – respondió Víctor, antes de apoyar el peso de su espalda sobre el respaldo de la silla, dejando caer los brazos en sus piernas – sólo necesito descansar. Estoy hecho polvo.

-Lo siento, Víctor – siguió ella en su tono informal, dedicándole unas palmadas en la rodilla – sé que ha sido difícil y que aún necesitas asimilarlo, pero igualmente necesito que respondas a mis preguntas ¿De acuerdo?

La verdad es que, vista desde ese ángulo en ese momento, parecía más como una madre tratando de calmar a un chico que estrelló el carro sin querer, o una hermana consolando a su pariente tras una fallida entrevista de trabajo; nunca como una detective interrogando a un testigo. Pero ese era el método de Alejandra, cuando quería (y era claro que podía) era capaz de meter miedo, muchísimo miedo, a un testigo si se lo proponía; pero también era capaz de ser blanda, que las personas confiaran en ella y se sintieran seguras… al menos en ciertos casos. Víctor miró la mano de la detective y luego a su rostro, luego cerró los ojos y asintió suspirando.

-Muy bien – la detective metió la mano en su cazadora de cuero y sacó de ella una libreta marrón – dígame lo que ocurrió.

Víctor le relató, con pelos y señales, cómo la chica había ingresado en la sala de emergencias, cómo fueron corriendo a atenderla. Contó cómo había intentado que se mantuviera consciente, mientras hacía esfuerzos para que la voz no se le quebrara, sobre todo en la parte en la que ella cerró los ojos para no abrirlos nunca más.

-¿Me dices que intentaste hablar con ella? – Le preguntó Alejandra con interés, tras anotar rápidamente lo que le había dicho Víctor.

-Si – respondió él – era para que no se desmayara. Pero no me dijo mucho, parecía estar demasiado débil y le costaba hablar.

-¿Dijo algo que considerarías importante? ¿Por ejemplo un nombre o algo?

-Si… - Víctor se echó hacia delante y levantó el índice, como si señalara el techo – me dijo que se llamaba Cristina.

Alejandra se apresuró a anotarlo en su libreta.

-¿Sólo Cristina, a secas? – Preguntó ella, a lo que él asintió - ¿No dijo nada más? – él negó con la cabeza.

-No, no dijo mucho más… o al menos que le pueda resultar relevante – respondió Víctor, guardándose la última palabra que le había dicho Cristina antes de morir.

-¿Y qué me dices tú? ¿Notaste algo raro o peculiar en ella? Algo que consideres importante o que crees que pueda servir.

Víctor se quedó un momento en silencio, pellizcándose el puente de la nariz mientras cerraba los ojos. Como si estuviese recordando o estuviera eligiendo las palabras exactas. Pero tras un rato simplemente sacudió la cabeza negativamente, "no… no", lo escuchó ella murmurar. Ella observó bien aquel gesto del muchacho ¿Sería que en verdad no había visto nada?

Estuvo a punto de preguntarle de nuevo cuando la puerta se abrió de repente. Ambos dirigieron la vista hacia allí, el doctor Barreto, apoyado sobre el pomo de la puerta, estaba asomándose a través del rellano.

-¡Ah! Disculpen – dijo el doctor, con su cara estoica, como si fuera alguien que interrumpía una charla entre estudiantes en lugar de un interrogatorio con la policía – pensé que habían terminado ¿Molesto?

La cara de Alejandra decía sin hablar "claro que molestas, pero por ahora te lo aguanto". La detective suspiró y apoyó la espalda en el respaldo,

cruzándose de brazos.

-En realidad ya habíamos terminado – respondió.

Y de hecho, quizás a su pesar, era verdad. Aunque quisiera insistir un poco con respecto a lo que había visto, no era lo apropiado. Esto era un interrogatorio preliminar a un testigo en el lugar, no un interrogatorio oficial en la comisaría. Además que el muchacho podía estar simplemente demasiado afectado por la situación, lo cual no le sorprendería en lo más mínimo. Por lo que, a pesar de no saciar su curiosidad, tendría que dejarlo ir, ya lo que le había dado era más que suficiente para ella.

-Bien, detective – se dirigió después al muchacho – Víctor, te vinieron a buscar. Si ya estás listo, puedes retirarte.

-Gracias, doctor Samuel – Víctor se levantó de la silla, tomó su morral y se lo subió al hombro – Detective – dijo despidiéndose con una inclinación de cabeza.

-Espera – Alejandra lo detuvo un segundo, anotó algo en la libreta y después arrancó la hoja para alcanzársela a él – esos son el número de la comisaría del CICPC y el mío, en caso de que recuerdes algo, llámanos.

Víctor vio el papel y asintió mientras lo tomaba, lo estudió unos segundos frente a sus ojos y luego lo guardó en un bolsillo. Se despidió de la detective y le dio las gracias al doctor Barreto antes de salir de la habitación. Alejandra se levantó del asiento y salió de la habitación, viendo a otros dos muchachos (un chamo y una chama) dedicándoles un abrazo a Víctor antes de comenzar a conducirlo hacia la salida.

Algo comenzaba a cocerse en la cabeza de Alejandra, y no tenía buen aspecto. Una cosa sabía con seguridad, hubo algo que el muchacho no le contó, se arrepentía de no haber insistido un poco más (todo por no querer presionarlo). Y con eso que él se guardó le creó dos preguntas a la detective que no paraban de revolotear mientras hacía el camino a la salida.

¿Qué no le había contado? ¿Por qué no lo había contado?

**Estación Ciudad Universitaria, Parroquia San Pedro. 02:37 a. m.**

De Juan Gabriel Silva solían decir que tenía pinta de policía rudo, tal vez de alguna novela (lo más cercano que se le ocurría sería Chester Himes) o de las películas o de la televisión. Simplemente la presencia del inspector

daba pie a que tuvieran esa impresión sobre él, a lo que no se oponía. Pero esa presencia se quedaba corta ante el hombre que le estaba saliendo al encuentro en la planta de la taquilla, tras su entrevista con Montoya.

Y es que el comisario Pedro Rodríguez Palma, el mandamás de la División de Homicidios del CICPC, tenía una pinta tal que parecía tener pintado ¨HARDBOILED¨ en la cara, y en mayúsculas. De casi la misma altura que Silva, pero con los hombros más anchos que éste; de piel bronceada, aunque no tan oscura como la de Silva; de rostro arrugado por la edad, pero que todavía rezumaba vigor; un traje de tres piezas con corbata, el cual se arreglaba de tal manera que parecía llevar su antiguo uniforme; una mirada inquisitiva de sus ojos verdes, escudados tras un par de gafas de marco redondo. Lo veías a tres cuadras y a qué se dedicaba.

-Inspector Silva – le saludó con una vibrante voz de barítono, como de locutor de radio, mientras le tendía la mano a su subalterno – por su cara parece que necesita dormir, si me permite decírselo.

"Gracias por recordármelo, señor" pensó el inspector, esperando que realmente a la tercera fuera la vencida. Tan pronto tuviera tiempo se echaría a dormir, aunque fuera una hora o dos.

-La verdad es que no me esperaba que me llamaran ahora por un crimen, señor – le dijo Silva restregándose por septuagésima vez los párpados.

-Este es nuestro trabajo, Juan – le dijo el comisario sin reproche, aunque por sus palabras casi pareció uno.

Silva dejaba que el comisario le llamara por su nombre de pila (el cual rara vez éste último usaba) cuando se refería a él. Eso es porque, cuando Silva entró como detective del CICPC y Rodríguez Palma era inspector en la División de Homicidios, éste lo tuvo bajo su ala y le enseñó todo lo que era necesario aprender para desenvolverse en el trabajo. Y Silva podía decir, sin miedo a equivocarse, que el veterano comisario fue en su momento un muy buen maestro.

-No lo pongo en duda – respondió por fin el inspector, antes de alzar la vista hacia el comisario.

-Me contó Landaeta que estabas hablando con Montoya – dijo Rodríguez Palma con curiosidad - ¿Has averiguado algo útil?

-Algo así – respondió Silva, a lo que el comisario le hizo un gesto para que hablara – Para comenzar, el señor Montoya me contó que efectivamente hizo dos llamadas al 171 en la madrugada. La primera fue derivada al Clínico, mientras que la segunda fue a la comisaría del CICPC, que es la que se encuentra operativa ahora mismo, aparte de la PNB. Según lo que

me contó, pudo ver a la víctima, pero no se dio cuenta de que la misma estaba herida hasta cuando fue a cerrar.

El comisario frunció el ceño, claramente suspicaz por lo que acababa de escuchar.

-¿Y eso a qué se debió? – Preguntó.

-Muy simple, comisario – respondió el inspector – muy poco antes que ella entrase, Montoya tuvo que sacar arrastrado a un borracho que estaba por mearse en una de las paredes. Le tomó trabajo, porque el tercio era insistente, y sólo pudo ver a la chica de reojo mientras terminaba de sacarlo a la calle – le estaba cayendo a muela al comisario, y Silva lo sabía. Pero había acordado esa historia con Montoya, luego de darle el número de una psicóloga (para atender su insomnio) y de un abogado conyugal (para ayudarle con la cuestión de la custodia).

-¿Lo considera sospechoso, inspector Silva? – Preguntó el comisario. "Si se da cuenta que le dije un mojón, me jodí", pensó Silva, pero con un esfuerzo titánico no exteriorizó sus nervios.

-No, comisario – respondió – sobre todo porque fue un ataque con arma blanca, un cuchillo, para ser precisos. Si hubiera sido él habría tenido sangre en la ropa y en las manos, pero no vi que tuviera rastros de sangre encima.

El comisario asintió pensativo al escucharlo.

-Igualmente pediré a los técnicos que le hagan un chequeo completo – afirmó – Sólo para descartarlo por completo, y por si acaso no lo han hecho.

-Me parece buena idea, señor – dijo Silva tratando de ocultar su sonrisa. Primero, el comisario se había creído la mentirilla (o al menos eso esperaba). Segundo, sabía que si dependía de Salinas ya habría hecho el chequeo antes que se lo pidieran, pero sería divertido ver su cara cuando el comisario se lo recordara. La autopista de su cara se estrecharía aún más ¡Ja!

**Ruperto Lugo, Parroquia Sucre. 03:20 a. m.**

La mayor parte del viaje se hizo en silencio. Aunque hubo un par de intentos por parte de Alicia y de Alberto de hacer que Víctor entablara conversación, él no los correspondió, excusándose en que no estaba de

ánimo. Y era cierto, no estaba de humor para eso. Sus amigos parecieron darse cuenta y lo dejaron tranquilo, manteniéndose silenciosos en todo el camino. Víctor iba en el asiento de atrás a la izquierda, Alberto estaba en el asiento de enfrente en el mismo lado y Alicia iba al volante.

Fueron a bordo del Fiat Punto, de color azul metálico, de Alicia (las líneas del Metro estaban cerradas por ser la escena de un crimen), un auto que ya de por si era lo bastante silencioso (el motor apenas ronroneaba suavemente y de eso casi no se fijaban los tres), pero que, aún con sus tres ocupantes, se volvía paradójicamente más silencioso. Un silencio tenso, incómodo… fúnebre, era la clase de silencio que se siente cuando alguien acaba de morir y los que estaban alrededor lo saben. Ninguno se atrevía a hablar entonces, todos se quedaban tan silentes como la tumba donde enterrarían al difunto y nadie se atrevía a romper esa quietud. Como si callar fuese una especie de sagrado sacramento y las palabras fueran capaces de profanarlo.

Aunque la persona muerta había sido una desconocida, una persona que ninguno de los tres recordaban haber visto (y si se habían visto, a saber dónde), una persona que no había trascendido en sus vidas y que para ellos debió ser una muerte más de las que ya había en el mundo. Pero Víctor había decidido callar, guardar el sagrado silencio en honor de la fallecida y guardar luto por ella, y quiénes le acompañaban no tenían otra opción que respetar ese silencio. Ni una palabra, apenas algún sonido… solamente silencio.

Dejaron a Víctor ante el bloque de apartamentos en Ruperto Lugo, donde él vivía. La calle estaba vacía y en silencio, como si Catia estuviera de luto por una desconocida, aunque era seguro que quizás ni supieran que había muerto alguien. Víctor ya había abierto la puerta del auto y estaba por apearse cuando alguien le tomó del hombro. Él se percató que era Alicia, que se había inclinado hacia atrás y le estaba palmeando con amabilidad.

-¿Estarás bien, Víctor? – La voz de ella sonaba preocupada, y sus ojos la delataban aún más.

-Creo que si… - dijo él suspirando – sólo necesito descansar, ver si puedo dormir.

-¿Necesitas que nos quedemos contigo? – Preguntó Alberto esta vez.

-No, descuida. Estaré bien – respondió Víctor, restándole importancia con un gesto de la mano – estaré bien, ustedes vuelvan a casa. Ya les he molestado mucho por hoy.

-Víctor, no te pongas gafo – le reprendió ella suavemente – ya sabes que nos preocupamos por ti, no eres molestia para nadie – le dio otra palmada en el hombro – descansa, Víctor. Si necesitas hablar de esto, ya sabes

donde estaremos.

Víctor sonrió y se despidió de Alicia y de Alberto antes de apearse del vehículo. Ellos se fueron en silencio y se perdieron de vista al doblar en una esquina.

Él en cambio entró en el bloque, fue hasta el ascensor y marcó el número del sexto piso, donde se encontraba su apartamento. Pero tras llegar al piso, buscar sus llaves, pararse ante la puerta del apartamento, abrir la puerta usando las llaves, entrar al mismo y cerrar tras de sí… tras todo eso se dio cuenta de que no iba a estar bien. Víctor tiró las llaves al sofá, recostó la espalda en la puerta y se dejó caer sentado al suelo, sujetándose la cabeza y comenzando a sollozar, a llorar.

No sabía por qué, no sabía si estaba siendo egoísta, ni siquiera sabía si eso era sano. Pero a él eso le importaba una mierda. Daba igual qué estuviera haciendo el mundo a su alrededor, porque él sentía que era el único en el mundo que iba a llorar esa noche a Cristina.

# Capítulo 9